

¿QUÉ SIGNIFICA "SALVACION CRISTIANA"?

VINCENT AYEL

<http://www.mercaba.org/FICHAS/ESCATO/657-8.htm>

¿A qué se debe que estos cristianos hayan dejado de saber cuál es el contenido de la fórmula «salvación en Jesucristo»? ¿Por qué a tantos hombres -más o menos creyentes, más o menos incrédulos- les huele hoy a cierto cubileteo la imagen imprecisa que se les dio de la salvación?

Sucede, sencillamente, que el Evangelio está encuadrado en la historia y no por encima o fuera de ella. Las expresiones de la fe nunca son intemporales. Las que sirvieron para enfocar la realidad de la salvación, no se libran de las limitaciones ni de la contingencia de las representaciones humanas que siempre están «situadas» históricamente. Tales expresiones no están más libres de este inconveniente que nuestras expresiones creyentes acerca de Dios, de la Iglesia, de los sacramentos, etcétera.

Ahora bien, «la idea misma de salvación va unida históricamente a unas representaciones cuyo valor nos han hecho sospechar el desarrollo de las ciencias y la agudización del sentido moral». La desgracia es que la mayor parte de la gente no distingue entre la envoltura verbal y el contenido real de la fe; desde el momento en que esa envoltura deja de parecer apropiada, tales personas creen que deben rechazar su contenido. Ciertamente, no debe tratarse el lenguaje como si fuera un trasto sin importancia. Pero hay que tener muy presente que todo lenguaje emana necesariamente de una determinada experiencia humana, y que es tributario de una cultura particular; esa experiencia humana y esa cultura van ligadas a unas representaciones mentales que el lenguaje de salvación utiliza forzosamente, pero sobre las que no se puede hacer recaer la afirmación de la fe.

No sólo el desarrollo de las ciencias y la posible agudización del sentido moral han modificado nuestras representaciones, sino que los cambios operados en las condiciones de la vida social contribuyen hoy a que no nos satisfagan ciertos modos de formular la fe en la salvación (más adelante lo veremos mejor). Estos modos de hablar sobre la salvación les parecen a los hombres fórmulas míticas, huecas, «escandalosas» en el sentido de irrisorias y contrarias a lo que debería ser la verdadera «salvación», supuesto que las palabras quieran decir algo. «Se necesita una política más justa, adaptada a las circunstancias actuales, y el Evangelio anuncia una Noticia que preconiza la primacía del amor, que quita la ilusión de un mundo perfecto y definitivo en esta vida y, consiguientemente, la de la desaparición de los pobres en la tierra. ¿No es esto un mensaje escandaloso? Este mensaje, o es de una indiferencia que nos hace daño («Mi Reino no es de este mundo»), indiferencia para con la historia de los hombres que con frecuencia se desarrolla dramáticamente y entonces no debe extrañarnos que los hombres devuelvan la pelota rechazando el mensaje como inútil e incluso peligroso, como una droga; o el mensaje adolece de tal inadaptación que valdría más silenciarlo, y los esfuerzos -laudables por otra parte- por acomodar el lenguaje, por explicar las mentalidades de una época pasada y buscar un vocabulario nuevo, no aportarán ningún cambio fundamental». (·AYEL-VINCENT-1. _ALCANCE. Págs. 20-22).

¿QUÉ SIGNIFICA "SALVACIÓN CRISTIANA"?

PRIMERA PARTE:

La explicación cristiana sobre la salvación Entre la indignancia y el ridículo

-Los remiendos al vocabulario.

Ya no se sabe exactamente lo que se afirma al limitarse a repetir las fórmulas del catecismo aprendidas en la infancia: suenan a hueco y apenas tienen probabilidad de convencernos, a pesar de nuestra buena disposición. Buscaremos entonces otras palabras .. ¿«Por qué no llamar a Jesucristo «el Libertador» mejor que «el Salvador», como se le viene llamando habitualmente? Al fin y al cabo, ambos términos vienen a significar fundamentalmente lo mismo. Pero el cambio de nombre en una época en que el anhelo de liberación se hace particularmente intenso, ¿no ofrecería la ventaja de reavivar nuestra fe personal y serviría para dar testimonio de que, para nosotros, la liberación radical de la humanidad fue operada por Jesucristo?» (1).

¡Muy bien! Nada de esto es falso, se advertirá... Pero es que, a poco que se reflexione, se verá que los remiendos de vocabulario y los intentos de remozar el etiquetaje (2) resultan muy insuficientes. En tales recursos se advierte, en efecto, con razón o sin ella, un concordismo bastante superficial, que deja la incomodidad igual que estaba.

Esto, sin hablar de sospecha, fundada sin duda, de gancho publicitario al que hemos aludido hace muy poco. Digamos una vez más, que estos cambios de léxico tienen su interés, incluso la mayoría de las veces se imponen, y no dejaremos de recurrir a ellos a lo largo de este trabajo, si bien con discreción y a beneficio de inventario. ¿Pero no satisfacen estos cambios sobre todo a los eclesiásticos? Por lo que se refiere a los hombres y mujeres que viven al ras de los problemas concretos y diarios, corren peligro de no conformarse por mucho tiempo con esos términos que para ellos siguen siendo abstracciones mágicas... «A cierto nivel fenoménico de carácter tanto psicológico como político, la liberación en Jesucristo puede parecer muy lejana y abstracta para quien está sumido en esclavitudes inmediatas y ha de luchar para librar a los suyos del hambre, de la miseria y de la explotación. Porque no basta saber y creer que, hace dos mil años, se nos salvó como un poco a pesar nuestro o, al menos, en nuestra ausencia, mediante la muerte cruenta de Cristo en la cruz; tampoco es suficiente tener la esperanza de que, al término de la vida en este mundo, «valle de lágrimas», entraremos con Jesucristo en un reino de felicidad. Esta fe y esta esperanza pueden ser tranquilizantes que nos ofusquen respecto al presente y en relación con nuestra responsabilidad histórica. En este caso, esa fe y esa esperanza pueden convertirse en piadosas seguridades fautoras de toda clase de contemporizaciones y conformismos. Bajo capa de una justicia divina en la cruz y en la gloria, pueden impedir la búsqueda de una verdadera justicia humana en el tiempo» (3).

Decididamente, es necesario ir más lejos y más hondo que estos meros arreglos de diccionario.

-Las divergencias de itinerarios y de perspectivas.

La dificultad de expresar la fe en la salvación es atestiguada y aumentada por el espectáculo de unas formas de proceder y de unas afirmaciones sensiblemente distintas

entre sí, e incluso divergentes, por parte de algunos cristianos, teólogos o pastores a los que no se podría achacar heterodoxia ni fijismo obstinado. Este pluralismo se justifica, pero perturba ciertas conciencias y no simplifica la labor del creyente medio que quiere formular su fe y vivirla en las realidades concretas. He aquí a título de ejemplo dos extractos de otras tantas intervenciones habidas en el Sínodo de Obispos de 1971. Ambas apreciaciones invocan la Escritura. A juzgar por ciertas apariencias, no encuentra en ella idéntica respuesta a este interrogante: ¿es la salvación en Jesucristo liberación de las injusticias sociales y económicas e instauración de un sistema político más respetuoso con el hombre? ¿O es restauración, en lo íntimo de la persona, de la relación con Dios, sea cual fuere el contexto social o político?

Cardenal Hoeffner (hablando en nombre del episcopado alemán): «En el Nuevo Testamento, «justicia» significa la vida justa del hombre delante de Dios, o la justificación del hombre por Cristo; y la libertad evangélica no consiste en liberar al hombre de la esclavitud de los otros hombres, sino en su liberación de sus propios pecados por Jesucristo. Dudo que pueda decirse que la liberación y el desarrollo de los pueblos son parte integrante de la Redención que Cristo nos ofrece».

Cardenal Enrique y Tarancón (España): «La salvación descrita por la Escritura no es una salvación al margen de la historia, a la que posteriormente hay que añadir la justicia como algo que viene más tarde o más temprano. Entre las actuales formas de pecado han de incluirse ciertos hechos sociales, como el colonialismo, la dominación cultural o económica, la opresión, etc. La gracia de Dios por la que el hombre es liberado del pecado no se le da sólo individualmente, sino socialmente a través de la comunidad eclesial, para que impregne toda la realidad social».

A nivel de la evolución concreta de las cosas, es un hecho (derivado de la psicología y de los condicionamientos históricos y al que, por tanto, no hay que elevar al rango de tesis teológica), que existen cristianos igualmente sinceros y preocupados por su responsabilidad en la salvación del mundo, que siguen dos itinerarios opuestos:

-Unos, más sensibles a las situaciones de opresión y de injusticia económica y política, entablan una lucha a este nivel para ir a desembocar en el reconocimiento de Jesucristo como único «Salvador», es decir, único fundamento de una libertad humana plena. Piénsese, por ejemplo, en toda la corriente denominada de las «teologías de la liberación»...

-Otros parecen adoptar el recorrido inverso: partiendo de la proclamación de Jesucristo, único liberador y reconciliador con Dios, pasan a las exigencias evangélicas de fraternidad, de promoción de la justicia y de compromiso en lo temporal para la liberación efectiva de los hombres.

¿No habrá algún exclusivismo simplificador en aplaudir a los unos mientras se anatematiza a los otros? Aun así, nuestro cristianismo medio que lee o que oye todo esto, ya no sabe a qué carta quedarse ni cómo explicarse a sí mismo su fe en la salvación. No siempre advierte el riesgo de ambos itinerarios, de quedar anclados en el punto de partida -lo cual sirve así de coartada- ni el peligro de empequeñecer y estrechar la salvación. Si se explica prudentemente que, lo mismo en un caso que en el otro, lo esencial es llegar al término del recorrido, el interrogante sigue abierto: ¿cuándo puede afirmarse con seguridad que se llega a ese término? ¿Cuándo se está seguro, por consiguiente, de evitar el estancamiento en las lides terrenas (¿tienen éstas, según eso, un término fácilmente reconocible? o «la deserción a los campos de un falso espiritualismo?»). (4) ¡Qué difícil llegar a una evidencial!

-¿Una salvación que habría fracasado?

¿Cómo definir una salvación que, si se considera el estado actual del mundo, no parece haber tenido mucho éxito? No nos arrullemos con bonitas fórmulas; miremos con objetividad y realismo al hombre y a la sociedad. ¿No es la historia de la salvación una historia malograda? «Dos mil años de cristianismo para venir a desembocar en una

sociedad enferma o cebada no es precisamente un éxito. Muchos, incluso, llegan a añadir que las Iglesias han ejercido una función represiva en lo tocante a la creatividad y al progreso y que, por consiguiente, llevan sobre sus espaldas la responsabilidad de esta humanidad destrozada cuyo espectáculo tenemos hoy ante los ojos».

¿De qué nos libró entonces Jesucristo?...

¿De la muerte? Si la gente sigue muriendo, ¡y tan frecuentemente en forma atroz!
¿Del pecado? Si por todas partes sigue campando insolentemente el egoísmo de los individuos y de las naciones; y los estragos de la injusticia, de la guerra, del orgullo, del odio o de la indiferencia llenan las columnas de nuestros periódicos y las pantallas de nuestros televisores... ¿Olvidaba su fe en la salvación el cristiano Pierre-Henri Simón, quien no teme confesarnos su desconcierto ante un ser humano torturado por unos soldados una Nochebuena? «Siempre tendré ante mis ojos aquel semblante de dolor y aquel cuerpo retorcido, amarrado a unas estacas y soportando los sarcasmos de los soldados, en la noche de Navidad. Los cristianos nos encontramos muchas veces pensando descorazonados en lo que es, en cierto sentido, el fracaso de la Redención: siempre el mal dominando con su poder el mundo; siempre el odio fermentando en el corazón de los hombres; y los bautizados mismos infieles a la ley del Evangelio y sordos a la voz de las Bienaventuranzas» (5).

La misma perplejidad nos asalta (y bien que quisiéramos rechazarla) cuando leemos que, en una isla del Japón, desde hace dieciséis años no nace un solo niño normal, por haber consumido sus padres pescado contaminado capturado en los mares-vertederos de nuestras industrias modernas... ¿Qué mundo es éste que se dice haber sido «salvado» y en el que, sin embargo, tienen cabida tantas regiones y continentes donde animales y hombres mueren a millares por inanición, mientras nuestros cubos de basura occidentales rebosan de nuestras glotonerías? Algo no marcha ni está salvado de verdad en el sistema social e internacional de nuestra humanidad, en este final del siglo XX, si es cierto, como hace unos años revelaba una agobiante relación de las Naciones Unidas, que en los países pobres, 150 millones de niños entre 1 y 5 años padecen graves enfermedades mentales por falta de alimentación proteínica. Esas proteínas las acaparan los países desarrollados que prefieren transformarlas -con pérdida de 7/8 en la operación- en los piensos que fabrican para su ganado. Sicco Mansholt, que citaba estos hechos expresados en cifras, confesaba nuestro sonrojo con esta frase: «¡Hemos elegido en favor de los cerdos, y no del hombre! ¡Me refiero a los cerdos de los países ricos, por supuesto!» (6)

«Un billón de dólares para matar, cuatro mil millones para socorrer: esto es civilización... Sublévense ustedes al enterarse de que un portaviones atómico representa el valor de tres mil millones de toneladas de trigo» (Raoul ·Follereau-R) .

Y acaso más cerca de nosotros, no puede por menos de ocurrirnos la misma pregunta sobre la realidad y la eficacia de la salvación, cuando consideramos lo que está pasando: condiciones de trabajo y de vivienda, injusticias, sufrimientos físicos y morales, conflictos sociales, malas acciones de los hombres, tinieblas e incertidumbres de nuestro corazón, descuartizamientos de nuestras tendencias y querer, debilidad e impotencia de los individuos y de las sociedades para realizar el bien vislumbrado en ocasiones, etc. Nos sorprendemos a nosotros mismos dudando: «Nadie diría que Cristo ha pasado por ahí... O, si ha pasado, ¡no es el Salvador que dicen! Si Jesús hubiera salvado de verdad al mundo, como afirma la fe, ¿no debería notarse más su salvación?»

El obstáculo con que tropieza la explicación cristiana podría precisarse así: ¿Cómo hablar con «buena fe» sobre el contenido de nuestra «fe» en la salvación realizada en Cristo? ¿Cómo ser, al mismo tiempo, felices, lúcidos, e intelectualmente honestos?

-Carácter reductor y ambiguo de ciertas catequesis de la salvación

Nuestras dificultades vienen de lejos... Sus fuentes podrían encontrarse en las teologías de san Agustín o de san Anselmo. Sin remontarnos tanto, la mentalidad

religiosa de muchos adultos parece haber quedado marcada por un tipo de catequesis de la salvación, cuyos orígenes y preocupaciones subyacentes nos señalaba, hace algunos años, Elisabeth Germain (16). No puedo pensar en ponerme a resumir aquí este voluminoso trabajo de investigación, ni siquiera a citar algunos extractos de predicaciones o de catecismos que se exhuman en el citado trabajo. Me limito a poner de relieve las principales «reducciones» y ambigüedades características, en mi opinión, de una catequesis de este tipo.

Imágenes de la salvación unidas a una falsa idea de Dios

Un Dios mercantil, procesalista o paternalista

Se ha explicado el término «redención» dándole un significado demasiado restringido, dejándose llevar de la etimología, en sentido de un «rescate» de tipo comercial. Es la concepción jurídica y mas o menos mercantilista de la salvación. No es ajeno a la imagen de Dios, subyacente en una catequesis de este tipo, un cierto masoquismo: habiendo sido infinita la ofensa, el precio que ha de «pagarse» para pagarla ha de ser también infinito. De ahí la intervención de Cristo, Hijo de Dios, el único capaz de pagar tal «rescate» al precio de su propia vida. El Padre parece exigir la muerte de su Hijo; ¡quiere ver correr su sangre! Por supuesto, para equilibrar esta terrible imagen de un Dios vengativo, se subrayará, por otro lado, que esa salvación es concedida gratuitamente por un Dios bondadosísimo. Pero, al hacer esto, se incurre en la imagen de un Dios cuyas liberalidades corren el riesgo de parecer paternalistas y humillantes; este Dios «bueno» atropella al hombre, lo aliena, despojándolo de toda iniciativa y responsabilidad. No se evita la terrible trampa de los términos «dependencia» y «docilidad» respecto de Dios: en ella se pierden la libertad y la dignidad del hombre, en lugar de encontrar su salvación: «Cuando se insiste, y con toda razón, en que la salvación es don de Dios, ¿no se está dando la imagen de un Dios todopoderoso que en su sabiduría tiene pensado ya el destino de los hombres, ante el cual no puede ser otra la actitud del cristiano sino la docilidad y el consentimiento? ¿Pueden los oprimidos y la clase obrera, que siempre tuvo que arrancar sus liberaciones a la clase dominante, encontrar el sentido de una dependencia liberadora ante un Dios-Amor cuyo don supremo sería aceptar ser dependiente de la libertad humana?» (7).

Un Dios encargado de reparaciones

En otros momentos de una catequesis de este tipo, se pone de relieve la idea de una salvación «reparación de un accidente». Dios «interviene», por mediación de Jesucristo, para recomponer a la pobre humanidad, accidentada en el camino. En este tipo de catequesis, el concepto de «Salvador» ha quedado reducido al sentido de «auxiliador». ¿Pero entonces -cabría preguntarse concretamente-, por qué este Dios creador, bueno y todopoderoso permitió que ocurriera el desastre? ¿Será distracción o negligencia por parte suya, o retorcido designio de sabotear la máquina para asegurar así una clientela en su negocio de reparaciones? ¿No se piensa así el programa de Dios como una sucesión de planes, «como si, por ejemplo, en un primer plan debiera acabarse y ser divinizada la humanidad sin intervención de la gracia redentora de Cristo, y como si, al sobrevenir el pecado, un segundo plan viniera a ser como una capa de revoque sobre el primero mediante el establecimiento de una economía redentora realizada por el misterio pascual de Cristo? En este caso, el misterio corre el riesgo de tomar el aspecto de un accidente de la historia, cuando en realidad es su acontecimiento central, querido realmente por Dios como el único y decisivo que absolutiza toda la historia, desde el punto alfa al omega» (8).

Imágenes de la salvación unidas a una idea errónea del hombre

Es evidente que las ideas erróneas sobre Dios acarrearán ideas erróneas acerca de lo que es el hombre.

-El hombre mero individuo.

A este hombre sin dimensión social, reducido a no ser más que un individuo, corresponde en la catequesis una salvación de tipo muy «individualista». La invitación a una salvación así parece un «sálvese quien pueda», un llamamiento a la habilidad individual que no se preocupa por la suerte de los demás. «Tengo un alma que no muere, tengo un alma que salvar», han cantado generaciones enteras al practicar los Ejercicios Espirituales... Es verdad que no por eso se dejaba en completo olvido a la Iglesia, pero sí parecía que se la veía un poco como una especie de balsa de Medusa. No hay duda de que, a partir del Renacimiento y por influencia del humanismo grecolatino individualista, hemos perdido de vista el hecho de que nuestra salvación personal -lo mismo que nuestro yo- sólo se realiza dentro de una historia colectiva en la que cada cual se encuentra enrolado y es solidario de toda una humanidad en marcha hacia un destino comunitario. El cristianismo es mucho más que una moral o un conjunto de prácticas orientadas a prepararse para la muerte y para el más allá, dentro de un egoísmo sublimado: es una aventura colectiva en la que se prepara la vida de un mundo nuevo.

Si el conjunto de los cristianos hubiera vivido la dimensión colectiva que la Constitución pastoral «Gaudium et Spes», del Vaticano II, tuvo que recordar solemnemente, ¿hubiera lanzado Nietzsche sus acusaciones? «¿Tiene la humanidad una tarea colectiva? Esta pregunta no se planteaba, debido al influjo del prejuicio cristiano. El objetivo era la salvación de las almas individuales (...). El centro de gravedad de los valores lo llevaba en sí misma cada alma: la salvación o la condenación. La salvación del alma individual, forma extrema del amor a sí mismo... Para toda alma sólo existía un perfeccionamiento posible, un ideal, un camino de salvación... Nada más que almas locamente importantes girando sobre sí mismas, en espantosa angustia» (9).

-El hombre desencarnado.

Acabamos de ver cómo esta concepción individual del hombre y de su salvación llevaba emparejado un olvido más o menos total de su dimensión corporal. Se entendió que lo que había que salvar eran las «almas», no los cuerpos. A éstos se los desprecia: son harapos, envoltura, fuente de peligros... Se trata de evadirse de ellos: ésa es la salvación. Esta antropología, peyorativa para el cuerpo, no radica en la Biblia, sino en cierto platonismo (10).

Por otra parte, no es seguro que nuestra época se haya librado realmente de ella: un profundo desprecio del cuerpo humano late y se manifiesta en todas esas aparentes exaltaciones del cuerpo del hombre o de la mujer, reducido al estado de mero objeto, de montón de células encerradas en un saco de piel, utilizado y explotado para operaciones publicitarias y de enriquecimiento; y no están lejos las cámaras de tortura y los hornos crematorios. En el fondo, este cuerpo está triste y despojado de importancia por verse así tratado y porque se puede hacer de él cualquier cosa. ¿Dónde está la nobleza del cuerpo, que es presencia y epifanía de la persona, lenguaje del encuentro y de la mutua armonía? Sería urgente enseñar que Jesús salva nuestros cuerpos, como también con su cuerpo nos salvó Él, y que la salvación no afecta sólo a «las almas» sino a la totalidad de la persona, la cual no existe fuera de su envoltura carnal, de su unión con los demás y de su historicidad.

Imágenes de la salvación unidas a una idea errónea de la historia del mundo

-Un mundo infravalorado.

Reconozcamos que, desde hace algunos siglos, la catequesis prácticamente no habla de la salvación del mundo material. Se mezclaba al cosmos en la reprobación del

«mundo perverso», o sea, del pecado, que consiste en la cerrazón de las conciencias sobre sí mismas y en su presuntuosa negativa a abrirse a la Palabra de Dios. El mundo, entendido como «todo lo que no es Dios», parecía quedar marginado de la salvación.

Lo cierto es que «la apariencia de este mundo pasará» (/1Co/07/31), mas no para desaparecer para siempre, pues este «pasar» desembocará en el cosmos radicalmente transformado; además, la epístola a los Romanos nos dice (/Rm/08/19-22) que mientras dura la expectación de ese cielo nuevo y esa tierra nueva, «la creación entera está gimiendo con dolores de parto»; sujeta a la vanidad, es decir, al desorden (no por culpa suya), también ella debe ser «liberada de la esclavitud de la corrupción». «Este mundo que tuvo parte en la caída de Adán participará en la resurrección de Cristo. Como dice san Ambrosio, 'también la tierra resucitó en Cristo, también el cielo resucitó en él'. Este universo formado de materia no permanece ajeno a la redención del hombre, también formado de materia» (11).

«La tierra poblada por los hombres es para ellos una de las más importantes realidades, ella también tiene su parte en la redención. El mundo en que vivimos está destinado a ser transformado de tal modo, que se convierta en morada idónea para la humanidad resucitada» (12).

-Una historia sin valor real.

Con excesiva frecuencia ha sido presentada la salvación como una simple recompensa en el más allá; el cielo, como un «contramundo», y la eternidad, como una «contrahistoria». Lo que acontece en esta vida, el trabajo, la política, las relaciones internacionales no tienen importancia alguna en este tipo de catequesis de la salvación... Si la tentación de hoy consiste -como lo hace notar H. Holstein (13)- en «reducir la salvación a la liberación de los hombres», la tentación de ayer consistía en representarla «como una evasión al más allá y, por lo tanto, como una especie de despreocupación frente a los problemas de los hombres». Estas dos reducciones de la salvación infravaloran la historia. Por lo que se refiere a la tentación de ayer, esto es evidente: deja entender que la gracia de esta salvación transhistórica dispensa de la justicia, justifica el mal y desvaloriza el trabajo de arreglar la sociedad. Pero el reducir la salvación a los esfuerzos humanos por construir la historia, infravalora ésta igualmente: al «sacralizar» la política, la economía, la ciencia y la técnica, y al querer garantizar «religiosamente» esas opciones y empresas, se menosprecia su sana autonomía y su verdadera «secularidad», querida por Dios.

Tendremos ocasión de volver sobre este punto a propósito del sentido que adquiere el rechazo del mesianismo temporal por Cristo.

* * * * *

Esta primera parte ha querido plantear el problema, dibujar sus contornos, hacer caer en la cuenta de su actualidad y del perfil que tiene de «prueba» para nuestra fe. «Prueba» en un doble sentido: en el sentido de suceso doloroso, pero también en el sentido de una operación que somete a verificación a una persona o a una cosa, para apreciar su valor o su solidez. La fe cristiana reclama el coraje de una extrañeza inquisitiva ante un mundo que no tiene aspecto de haber sido salvado. La fe no nos impele a cubrirnos la cara ante la rebelión o el escándalo: encuentra en ellos un estímulo para hacerse más profunda y para purificar constantemente el lenguaje que posee como instrumento. Hoy la fe vive la prueba de Job..., prueba que es verificación de su autenticidad.

La fe tiene que suministrar sus «pruebas», y nosotros debemos estar «siempre prontos para dar razón de nuestra esperanza» (1P/03/15-16). Por lo tanto, no tengamos miedo a la pregunta que interpela severamente a nuestra fe en la salvación anunciada y

traída por Cristo; no intentemos eludirlo con los pases de prestidigitación de un optimismo simplón que pinta de color de rosa una realidad -que algunos se dedican a ensombrecer- y que repite que todo marcha lo mejor posible. Hay cosas mejores que hacer.

Debemos preguntarnos a nosotros mismos: ¿qué es la salvación en Jesucristo? ¿Es eso que nosotros pensamos ingenua y espontáneamente? No seamos demasiado fáciles en tomar el contenido de nuestros sueños y aspiraciones por el contenido de la fe y de la esperanza cristianas. Es verdad que todo un lenguaje simbólico de la Biblia, relativo a la indescriptible realidad de la salvación, no deja de inclinarnos a hacerlo; precisamente, en la medida en que olvidamos que ese lenguaje es simbólico. ¿Qué quiere decir la fe cuando afirma, en contra de las apariencias y de los datos empíricos, que este mundo está de verdad «salvado»? ¿Es la salvación en Jesucristo una salvación política, psicológica, moral, etc.? ¿Es otra cosa? ¿Qué es entonces? ¿Algo ajeno a estas búsquedas y a estas luchas humanas? ¿No tiene nada que ver con esos proyectos, individuales y colectivos, encaminados a liberar al hombre, a perfeccionar el mundo y a hacer que marche bien, o, más modestamente, a implantar una vida mejor?

Pero estas preguntas presuponen otra, más fundamental: ¿qué es ser un hombre y un mundo «cabales»? ¿Y cuál es esa auténtica «vida mejor» para el hombre? Se requiere, llegados a este punto, una reflexión de orden antropológico que aclare estas cuestiones. A esa reflexión dedicaremos nuestra segunda parte.

Notas:

1) René COSTE. En el periódico «La Croix» del 6 de abril de 1974. 2) No se trata de un rejuvenecimiento real, pues hace mucho que, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, la salvación procedente de Dios se vivió, se esperó y se expresó a modo de una «liberación» Cf. Jean CARMIGNAC: «Le Vocabulaire de la Liberation et du Salut dans la Bible» (en «Cahiers Evangile», número 6), así como otros muchos artículos de este número o del número 7 de los mismos «Cahiers Evangile», ambos dedicados al aspecto bíblico del tema «liberación de los hombres y salvación en Jesucristo». 3) Alain BIROU, Combat politique et foi en Jesus Christ. Edit. Ouvrières, 1972, p 139-140 4) Nota del Comité Episcopal (francés) de Misiones Extranjeras, mayo 1974. 5) Pierre-Henri SIMON, Contre la torture, Edit. du Seuil, p. 79-80. 6) Entrevista de Pierre DESGRAUPES con Sicco MANSHOLT, en «Le Point» del 8 de abril de 1974. 7) Philippe WARNIER. liberación des homes et salut en Jésus Christ, en «La Croix», 22-11-1974. 8) Jacques BUR. Obra citada, p. 91. Aquí se ven, en cuanto a la catequesis se refiere, las enfadosas consecuencias de los endurecimientos existencialistas provenientes de la controversia entre scotistas y tomistas, a propósito de la «necesidad de la encarnación». 9) F. Nietzsche. La voluntad de poder, t. I, p. 157. 10) Albert GELIN. El hombre según la Biblia, cap. I. 11) R. W. GLEASON. Le monde à venir. Edit. Lethielleux, 1960, p. 177. 12) Yves de MONTCHEUIL. Leçons sur le Christ. Edit de l'Epi, cap. XII. 13) Henri HOLSTEIN. «Libération». En «Catéchese», n° 55, p. 155. (-AYEL-VINCENT-1. ALCANCE. Págs. 28-45).

SEGUNDA PARTE:

Una salvación que no sea un daño para la humanidad y para la creación.

Ateniéndose al sentido de las palabras, «salvado» se opone a «perdido». Según esto, la salvación del hombre y del mundo ha de consistir no en perderlos, arruinarlos o mutilarlos, sino en cimentar y restablecer su grandeza y dignidad. Como decía Mons. Pailler en su relación ante una asamblea plenaria del episcopado francés, «una presentación de la salvación en Jesucristo que menoscabara al hombre no concordaría con la Palabra de Dios». Preguntémosnos, por consiguiente, qué es lo que nos hace ser plenamente hombres y qué es lo que define al «mundo» de los hombres; para responder a esta pregunta, nos será útil reflexionar sobre nuestras experiencias humanas, es decir, tomar primero el camino de la antropología.

Pero este mundo de los hombres es, al mismo tiempo y fundamentalmente, el mundo de Dios; estos hombres y este mundo son creación de Dios: debemos, por lo tanto, cotejar la iniciativa de la salvación con la iniciativa de la creación.

-Una salvación que colmara siempre nuestras «necesidades» no satisfaría nuestro verdadero «deseo»

El "deseo" es específico del humano, mientras que la "necesidad" es común al hombre y a los animales irracionales. "La palabra 'deseo' evoca al hombre (...). El "deseo" es como el corazón y el colorido del tiempo del hombre. Acompasa su vida (...). Es el resorte que le permite al hombre hacerse cargo de su existencia (...). En dos tiempos, gozo y angustia, va marcando el compás del sereno contento del espíritu en todos los campos de la actividad humana. En este sentido, el deseo es irreductible a la simple necesidad animal, que se esfuma en la satisfacción saturada». Somos y continuaremos siendo ciertamente seres necesitados, pero en el seno de esta necesidad nace el deseo, que vuela mucho más lejos y nos caracteriza. Así es, por ejemplo, como el bebé va a pasar de la necesidad animal y egocéntrica de alimento, calor y seguridad, al deseo: deseo de su madre -por ella misma, por su presencia-; más tarde, deseo de conocer y dominar las cosas, deseo nunca aplacado de verdad y de amor... La necesidad corresponde a nuestra faceta captatoria, mientras que el deseo está animado de un movimiento oblato. La mera necesidad es limitada; el deseo está abierto a lo infinito y a lo universal.

Este es el lenguaje de ciertas escuelas de psicología profunda. Vamos a ver cómo, para que la salvación sea verdaderamente humana, tendrá que situarse en el plano del deseo y no en el de las necesidades; porque el deseo es constitutivo del hombre...

El hombre y su mundo: una mezcla de «dado» y de «proyecto»

Lo que es constitutivo del hombre y de su mundo no debe desaparecer en nuestra situación de seres «salvados»; de no ser así, se daría un contrasentido, una falsa salvación. Pues bien, ¿no nos expondríamos a querer esto si, faltos de crítica antropológica, siguiéramos la pendiente de nuestros sueños necesitados y de nuestras representaciones espontáneas en la imagen que nos forjamos de un mundo y de un hombre salvados? ¿No soñamos demasiado con una salvación que, en realidad, no sería tal porque implicaría la negación de lo que constituye nuestra cualidad humana y de lo que hace que nuestra historia sea una historia verdaderamente humana?.

El hombre está continuamente haciéndose humano

«Nunca hay nada logrado, para el hombre» (Luis Aragón). El hombre no es un hombre del mismo modo que se puede decir que una mesa es una mesa. No se define completamente al hombre por lo que le hace (lo que le es dado por su herencia, su medio social, su biología, la naturaleza, los acontecimientos y las relaciones...); ni tampoco, por otro lado, por lo que en sus sueños más ambiciosos desearía llegar a ser. Se define más bien por el entredós, por la tensión, por la marcha. El hombre es «lo que él hace más lo que a él le hace». Nunca está el hombre integrado del todo; tampoco es del todo integrante. Es una mezcla de integrado e integrante, de dado y de proyecto. El ir haciéndose es planeable, lo ya «hecho» no lo es. Esta verdad antropológica podría traducirse a términos teológicos, los mismos utilizados por san Pablo: «Ni el ojo vio ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que le aman» (1 Co 2,9).

El hombre es deseo y superación sin fin. Esta realidad condena cierta imagen de un paraíso de estancamiento y de pasividad sin impulso. Con mayor razón hemos de renunciar a representarnos nuestra existencia presente de hombres «salvados», como una vida en la que todas nuestras necesidades estuvieran aplacadas y en la que no se experimentara ninguna tensión ni superación posibles. Se comprende que Simone de Beauvoir-S no pueda encontrar digna del hombre esta imagen de una felicidad celestial hecha de inmovilismo y de satisfacción beatífica: «Por ser el hombre transcendencia - escribe- le resulta siempre tan difícil imaginar paraíso alguno. El paraíso es la quietud, la transcendencia abolida, un estado de cosas que se da y que no ha de superarse. ¿Qué vamos a hacer entonces en ese paraíso? Para que el ambiente sea en él respirable, ese paraíso tendría que dejar margen a actividades y deseos; tendría que permitir que nosotros tuviéramos que superarle a él, a su vez: es decir, que no fuera un paraíso. La belleza de la tierra prometida estaba en que prometía nuevas promesas. Los paraísos inmóviles no nos prometen otra cosa que un aburrimiento eterno..

«Vivir un amor es lanzarse a través de él hacia nuevas metas: un hogar, un trabajo, un porvenir compartido. Por ser el hombre un proyecto, su felicidad, lo mismo que sus placeres, no pueden ser más que proyectos. El hombre que ha llegado a ganar una fortuna, sueña inmediatamente con ganar otra. Pascal expresó esto exactamente: lo que le interesa al cazador no es la liebre, es la caza. Es un error acusar al hombre de luchar por un paraíso en el que no querría vivir: la meta no es meta mientras el camino no acabe; una vez alcanzada, vuelve a convertirse en punto de partida. El socialista desea la implantación del Estado socialista; pero si ese Estado se le diera desde el primer momento, desearía otra cosa: desde ese mismo Estado inventaría nuevas metas. Una meta es siempre sentido y resultado de un esfuerzo; separada de ese esfuerzo, ninguna realidad es meta, sino sólo un dato hecho para ser superado».

¿No lo barruntaba aquella adolescente mayorcita, miembro de un grupo de catequesis, que me expresaba su deseo de no llegar a ser adulta?: «¡Quisiera no hacerme nunca adulta!». «¿Pero por qué?». «Porque, para mí, un adulto es el que ya llegó, ya «acabó», ya no busca más, ya «se hizo»... ¿Qué se hizo? Incapaz de asombro, de admiración o de rebelión...» Aquella adolescente comprendía que lo que da valor a la vida es la constante superación; pero se formaba una idea extraña sobre la edad adulta. Poco después de conocer esta reacción suya, sentí deseos de leer otra vez el artículo de Olivier Reboul en la revista «Esprit» (marzo 1974), artículo que constituye una explicación particularmente esclarecedora de aquella reacción. El autor recalca que, en nuestros días sobre todo, el ser adulto representa un valor sólo en el caso de que no signifique «acabamiento», sino «independencia», responsabilidad, clarividencia, seriedad, humor..., no la inmovilidad de un éxito, siempre sospechoso, sino la autonomía del movimiento (...).

«El crecimiento interior no cesa con el crecimiento del cuerpo; según eso, ser adulto no quiere decir haber llegado, sino caminar por sí mismo; ni estar ya educado, sino ir

educándose a sí mismo. Hay motivo, por lo tanto, para denunciar el fijismo alienante de cierta ética de la madurez; pero hay que denunciar también ese otro fijismo que constituye el infantilismo, es decir, el irrealismo fácil, la abdicación ante el pensamiento personal, la irresponsabilidad.

Donde el infantilismo gana, no está lejos el fascismo. Mantenerse joven no es retroceder al infantilismo, es salvar en uno mismo ese impulso a superarse, a llegar a adulto, de que es portadora toda juventud. Tan cierto es esto, que siempre se está llegando a ser. y nunca se es».

¡No tener ya porvenir, no poder ya «llegar a ser» ni superarse, es la muerte absoluta! Hace algunos años, en una entrevista aparecida en la revista «Paris-Match», Jean-Claude Killy decía esto, a su modo, después de una victoria en los campeonatos mundiales de esquí:

«Creo que va a ser necesario modificar el esquí de competición. Los tiempos que hemos conseguido en Grenoble son irreducibles. Si no se puede mejorar a los hombres, va a haber que mejorar las pistas. Hacerlas más difíciles, quiero decir..., para que los buenos puedan salir del montón por sus cualidades de esquiadores.

«Pero todo esto es el porvenir del esquí. No es ya mi porvenir. En cierto modo, ¡yo ya no tengo porvenir! Nunca podré hacerlo mejor, ni tener más de lo que tengo. Lo tengo todo: todos los honores, todas las medallas, incluso la Legión de Honor. ¿Se da usted cuenta de lo que es tenerlo todo a los veinticuatro años? Es aterrador. Tener veinticuatro años, y encontrarse uno de pronto ante un horizonte inalterable. ¡Y así, hasta la muerte! Hasta ahora, sólo he vivido por el esquí y para el esquí. Estoy totalmente condicionado por él. Mi readaptación va a ser un problema terrible (...). Me pregunto qué va a ser de mí. Hasta me pregunto si puedo seguir llegando a ser.»

En este sentido, el éxito puede resultar, a pesar de las apariencias, el más peligroso de los fracasos, en la medida en que nos aprisione en la trampa de la consideración social o nos lleve a sentirnos satisfechos de nosotros mismos, y en la medida en que quite temple al resorte de nuestra vigilancia y de nuestro dinamismo. El fracaso, por el contrario, puede llegar a ser beneficioso despertándonos de la somnolencia y llamándonos a reajustar nuestras posibilidades. ·Graham-Green, en su novela «La estación de las lluvias», refiere la historia de un ilustre arquitecto abrumado por su fama, consciente de lo absurdo de esa fama y de que ésta no corresponde a lo que constituye la calidad y la valía de una vida propia de hombre. Termina refugiándose en un poblado de leprosos, en el corazón del Africa, sin lograr con ello burlar su destino: nadie da fe a sus declaraciones que, al contrario, parecen acrecentar aún más su ascendiente. Al fin, muere desesperanzado por no haber podido librarse de la gloria. El médico -única persona que comprendió su secreto- pronuncia su oración fúnebre:

«De todo estaba curado menos de su éxito; pero no es posible curar de esta enfermedad como tampoco yo puedo devolver a mis mutilados los dedos de sus manos o de sus pies. Los devuelvo a la ciudad, y la gente los mira en las tiendas, y en la calle los siguen con la mirada y llaman sobre ellos la atención de los vecinos, a su paso. Pues así es el éxito: una mutilación del hombre natural»

El mundo humano no puede ser, por lo tanto, un paraíso inmóvil.

El hombre quedaría empequeñecido y mutilado, si viviera una historia que no fuera tal, que no tuviera riesgos, en la que nada hubiera a que aspirar o que superar, y en la que todo fuera dado automáticamente sin que hubiera nada que proyectar. Para que este mundo sea «humano», ha de experimentar una historia que se construya a costa de esfuerzos y con riesgos. Si el éxito de las empresas de la ciencia y de la civilización fuera inmediato, tal éxito firmaría la paralización mortal de este mundo; y lo mismo haría, a la inversa, la resignación morosa que quitara al hombre de comprometerse en tales empresas y de perseguirlas. Eso sería para el hombre la muerte en lo que específicamente lo constituye.

Consiguientemente, la salvación sólo podrá ser una mezcla de «dado» y de «proyecto». Si el hombre sólo puede elegir entre el esfuerzo y el aburrimiento mortal, no puede ser un mero consumidor inerte de una pretendida salvación completamente hecha y predigerida. Una salvación que fuera «dada» enteramente y de inmediato (la salvación subyacente en nuestros sueños y en las aseveraciones analizadas en la primera parte de estas páginas), destemplantaría en el hombre el resorte del proyecto constitutivo de su humanidad. Una salvación así, que mágicamente diera cumplimiento a las demandas de nuestra imaginación, sin dejarnos campo alguno para nuestros proyectos y luchas, mataría en nosotros al hombre: este regalo envenenado no sería una verdadera salvación. La salvación para el hombre y el mundo ha de consistir no en paralizar el proyecto, la búsqueda y la lucha (lo que equivaldría a suprimir la dimensión del porvenir y de la historia), sino en abrir cauce al porvenir, en hacerlo posible, en imprimirle un nuevo impulso, en abrirlo al Porvenir absoluto.

La salvación en Jesucristo, ni es enteramente «dada» ni es enteramente «proyecto»: al reunir ambos aspectos, honra al hombre y da testimonio del amor de Dios para con él. La Esperanza teológica en nada se parece a un seguro contra todo riesgo: si así fuera, con toda seguridad la vida dejaría de ser peligrosa y arriesgada, y el mundo y la historia dejarían de estar llenos de titubeos, conflictos, fracasos e incertidumbres; pero también dejarían de ser humanos. Una salvación que fuera así, habría renegado de sí misma. Sería inhumana, antihumana...

-El hombre: una libertad luchadora.

El mundo: el lugar de la separación, del conflicto y del riesgo. Lo que le da su precio a la libertad no es el ser «libre de... hacer esto más bien que aquello», sino el estar «libre para... hacer esto o aquello». La libertad no es una cosa adquirida una vez por todas, con cuyo disfrute se daría uno por satisfecho; es, en primer lugar, un impulso que nunca llega a término, una conquista y un combate incesantes. El mundo es su campo, siempre abierto y arriesgado.

-El hombre es libertad constantemente luchadora. El mero hecho de podernos preguntar «¿soy libre?» o «¿qué es la libertad?», atestigua que aun antes de poder formular una respuesta, sabemos por experiencia que somos libres, o más exactamente, que estamos hechos para la libertad. Es conocida la obstinada y ardorosa letanía del poeta Paul Elvard: «En mis cuadernos de estudiante.... en los campos, en el horizonte.... en cada mano que se tiende escribo tu nombre y, por el poder de una palabra, vuelvo a empezar mi vida. Nací para conocerte y para llamarte, Libertad.»

Lo que nos define es una tensión que nos proyecta hacia la libertad, a través de múltiples condicionamientos y determinaciones que nos corresponde administrar sin poder llegar a anularlos por completo. Nuestra libertad no es descanso ni disfrute, sino movimiento que constantemente está empezando de nuevo: tiene por nombre «liberación» y sólo existe en la lucha.

La libertad origina responsabilidad. El que no es libre no se siente responsable de sus actos y de su vida. La libertad, a diferencia del instinto, no es simplemente reiterativa, imitación infalible del pasado; es inteligente y creativa. Hace posible el progreso pero, al mismo tiempo, implica el riesgo de error y de fracaso.

-El mundo humano: separación, conflicto, obstáculo

Este mundo, campo de nuestra libertad, es un mundo histórico, es decir, un mundo en el que no está todo regulado de antemano; el mundo del «todavía no». Esta separación, este desajuste entre lo que está ahí y lo que aún no ha sucedido, es la condición de la libertad. Así que la historia no es un «mal sitio», a pesar de sus albugines y carencias. Este mundo será siempre el del obstáculo y la tensión, condiciones de la

creatividad. El hombre y su mundo se definen por esta tensión, esta separación, este perpetuo «ir hacia...» De ahí el carácter inevitable del conflicto en este mundo histórico. No hay que sacralizar el conflicto, sino comprender bien hasta qué punto es inherente a nuestra historia humana, y que la hace avanzar. Tomemos el ejemplo de las luchas por el cambio socioeconómico.

Imaginamos una organización social más humana, menos alienante, una «sociedad sin clases», por tomar el caso típico de la visión marxista. Para imaginarlo, necesitamos que esta ficción nos presente una ciudad en la que lo colectivo y lo personal hayan acabado reconciliándose y armonizándose. Pero necesitamos también que esa patria ideal no se haya realizado aún, para que efectivamente y a través de los conflictos, podamos trabajar para que llegue.

Es precisamente esa «carencia» la que hace nacer el deseo; y el deseo engendra el dinamismo y la creatividad en la historia. Sigue siendo verdad que Marx-KARL no puede describir ninguna «sociedad ideal»; además, se alzó contra los socialistas franceses de su tiempo o contra los «comunismos utópicos» que creían proponer un objetivo a la historia: cosificaban, eternizaban una figura especial del hombre nacida de sus ensueños ilusorios. «Desde este punto de vista -advierte Paul Valadier-, Lenin tendrá razón para decir que Marx no es un utópico (1); y es cierto que, en este sentido, Marx no ha elaborado una utopía, a la manera de una especie de proyecto deseable o razonable de sociedad humana».

Si nunca describió Marx lo que haría el hombre en una sociedad en la que se suprimieran toda contradicción y toda separación, se debe sencillamente a que, dentro de su perspectiva, si esa sociedad llegara a realizarse, ya no sería humana: sobre ella se cernería una paz de cementerio. Prescindiendo de que esa hipotética sociedad haya o no haya de existir un día en un mundo totalmente transformado, en nuestra condición histórica actual no nos es posible concebir, de manera descriptiva, una sociedad en la que el hombre pueda vivir, actuar y desarrollarse, y que, al mismo tiempo, esa sociedad carezca de conflictos y tensiones. Conflicto, contradicción, diferencia, separación, inconclusión, forman parte de la única experiencia que tenemos de la vida humana y de sus exigencias mismas -lo mismo en el plano individual e íntimo que en el social y político- no como algo accidental y reducible, sino como algo constitutivo. El conflicto es condición de la libertad; la separación su campo de movimientos; y la resistencia de su «todavía no» representa para nosotros el obstáculo necesario para nuestra creatividad.

-La salvación, para ser real, no podrá abolir la libertad, ni por lo tanto, la separación, de forma inmediata

El hombre frustrado en lo que a libertad y creatividad se refiere, no experimentaría la verdadera libertad, ni el mundo sería un mundo de hombres. ¿Qué salvación sería, en efecto, la que aboliera creatividad, libertad y responsabilidad suprimiendo la tensión, el obstáculo, el trabajo y el riesgo? Eso no sería una salvación en favor del hombre, no sería la salvación que profesamos en el Credo: «por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo...» Sería una salvación que mutilaría al hombre, una abominable contradicción.

Una vez dada de modo decisivo y radical por Jesucristo, la salvación todavía no se ha realizado ni plenamente manifestado en todas sus consecuencias. Si no fuera así, sino que el mundo y el hombre de la experiencia empírica parecieran estar satisfechos y disfrutar de su plena saciedad, tal salvación constituiría un retroceso al estado prenatal; sería el fin de la libertad, de la responsabilidad y de la creatividad. Si Jesús es realmente salvador, nos trae una salvación para hombres que están vivos en un mundo en génesis, y no un somnífero o un euforizante. «La gloria de Dios es que el hombre viva...» (S. Ireneo). Acabamos de ver lo que este «vivir» quiere decir para el hombre.

El hombre y su mundo, con la impronta de la finitud: no son divinidades

Desde los poemas de la creación, en el libro del Génesis, hasta la Constitución pastoral «Gaudium et Spes» del Vaticano II, cada día se impone más la percepción de un mundo terreno y de una historia humana que tienen su propia consistencia: ambos son distintos de Dios y no se les debe adorar ni sacralizar de manera panteísta. Si se les debe santificar -lo cual es cosa muy distinta- es precisamente porque son y se mantienen profanos, y porque su ordenación última a Dios no les priva de su sana secularidad, que es «finitud».

-El hombre es finitud, lo cual no es una enfermedad vergonzosa.

Así como no debe menospreciar la historia como un sitio malo, a pesar de su «insuficiencia», su incompleción y sus conflictos, así tampoco el que el hombre no sea Dios no constituye para él una tara contraria a su humanidad y que mutila su naturaleza. Quien dice finitud dice limitaciones. Nuestras limitaciones, nuestra finitud, el hecho de ser hombres y no Dios no deben hacer que nos sintamos culpables. El pecado consiste más bien en no querer mantenernos en el lugar que nos corresponde respecto de Dios, en no aceptar nuestra condición humana, en el exceso de pretender usurpar el puesto de Dios. Por la pendiente de este pecado fundamental nos deslizamos cada vez que soltamos las riendas a nuestros sueños sin la debida crítica... «¡Comed del árbol de la ciencia del bien y del mal, y seréis como dioses!» -insinúa la Serpiente;- usurpad el lugar de Dios, y «de ninguna manera moriréis» (Cf Gn 3). P-O: Se comprende que, dentro de una perspectiva psicoanalítica, pueda Jean-Marie Pohier formular el significado del pecado original de esta manera: querer hacerse Dios y suprimir toda diferencia.

Cualesquiera que sean sus aspiraciones a la perfección, el hombre chocará siempre con un tope, con una frontera que le demostrará que no es Dios. Somos hombres, es decir, seres siempre «en proyecto», pero no somos más que eso: hombres. El símbolo y el indicio de esta finitud es la muerte.

-El mundo del hombre no podrá librarse de esta finitud.

La ciencia y la técnica tienen como misión descubrirnos, cada vez más, las insospechadas dimensiones del mundo. Pero, por grandes que sean esas dimensiones, este mundo no es un Ser Infinito. Es profano, o, dicho en otros términos, no es Dios. Y ante un mundo así, debemos sentirnos libres de todo terror sagrado. La desacralización del cosmos y de la historia, que en lo sucesivo dejan de ser un espectáculo tabú, fue además, inaugurada en los espíritus por la concepción bíblica de la creación y de la historia. Precisamente porque no hay que confundir el mundo con la divinidad, ha sido éste confiado al hombre para que lo trabaje y lo domine progresivamente, lo transforme y haga de él una obra en construcción, en lugar de adorarlo idolátricamente o de reverenciarlo como a un espectáculo al que no debería tocar. Una obra en construcción es provisional, más bien sucia, aún no muy bonita ni ordenada, bastante informe e incómoda... Así es nuestro mundo actual.

-La salvación: no supresión de nuestra finitud, sino supresión de su gangrena.

El buen médico no nos cura de nuestro cuerpo (como si tenerlo fuera una tara), no nos desonera de él quitándonoslo, sino cura nuestro cuerpo de su propio mal.

Por respetar una vez más las expresiones de Jean Le Du, que nada tienen de juego fácil de palabras, la salvación verdaderamente favorable para el hombre no vendrá a «curarnos de nuestra finitud», es decir, a quitárnosla y a suprimir así toda diferencia entre Dios y nosotros y el mundo; sino que consiste precisamente en «curar nuestra finitud» sin quitárnosla: en la economía de la salvación, ¡la criatura sigue siendo criatura y Dios sigue siendo Dios! El hecho de que no seamos infinitos ni seamos Dios, no constituye en sí mismo una tara; pero esta situación de criatura finita y mortal se halla afectada de una enfermedad que la superdetermina, y a la que llamamos condición pecadora.

Si nuestra finitud y la de nuestro mundo no es en sí misma una tara, la salvación no la suprimirá ni nos sacará de la condición de criaturas limitadas, para hacernos ocupar el puesto de Dios. Para que, en Cristo, sea Dios verdaderamente nuestro salvador por la comunión con El, por la participación en su vida, se le debe recibir como nuestro compañero de acción -ése es el significado del tema bíblico de la Alianza- y, por lo tanto, El es diferente de nosotros y nosotros, diferentes de El. La diferencia, la distancia, es condición de la intimidad y del amor...

Así pues, la salvación en Jesucristo no viene a quitarnos mágicamente nuestra finitud ni a suprimir la del mundo, sino a curarla de lo que constituye su gangrena, que es el pecado, el encerrarse en sí mismo, la negación del Otro. No está el mal en la finitud, sino en su dramatización triste y dolorosa debida a la separación de los demás y del Otro. La salvación en Jesucristo respeta demasiado al hombre, para que venga a ofrecérsele como una receta mágica que lo curaría de sus enfermedades físicas o psíquicas, de su debilidad moral o de los infortunios de la sociedad: todo esto es tarea propia y grandeza de los médicos, de los sabios, de los psiquiatras, de los economistas y de los políticos... La salvación viene a curar -mediante nuestra libre adhesión a la fe- nuestras múltiples enfermedades de su superdeterminación por el pecado. ¿No podría haber una aproximación vivida de esta verdad en aquellos jóvenes disminuidos, llegados a Lourdes como peregrinos y de los que nos hablaba con admiración un periodista?

«Aquel joven padre de familia, paralítico a consecuencia de un estúpido accidente de automóvil, me decía que había acudido allí 'porque, en Lourdes, nunca se sabe...' Pero los jóvenes minusválidos del centro de Flavigny eran serios: 'No hemos venido aquí para sanar. Lo que queremos es reunirnos, encontrarnos con otros, rezar por los que no han podido venir o por los que están más averiados que nosotros'»...

Sí, durante una semana, Lourdes ha estado ofreciendo su milagro, el de otra posible tierra, el de un mundo en el que no se mide a cada persona con la medida de su estado físico, de su historia o de su rentabilidad social. Esta es quizá la verdadera fiesta. ¿El secreto de esta sorprendente semana? Isabel me lo ha revelado sin dejar lugar a dudas. Veinte años. Es encantadora. Está paralítica desde que tenía dos meses. Hoy se prepara para obtener el título de ortofonista: 'Esta es la quinta vez que vengo a Lourdes y seguiré viniendo. Lourdes es el único sitio donde soy yo misma, donde puedo encontrarme con el «Otro», aun en medio del silencio. Esto es una purificación, un resurgir, un volver a partir del punto cero. Cuando era una cría, me importaba un comino ser minusválida. Pero luego, en mi adolescencia, no quería salir: ¡estaba disminuida!... Entonces encontré unos amigos que me quisieron tal y como yo era. Salía con ellos. Y ellos me pusieron los puntos sobre las íes. 'Eres muy agradable -me dijeron-, pero no tienes que emparedarte en tus historias'. Pero en realidad, en el fondo, nunca estoy sola. Es mi fe. Mi fe constituye el sentido mismo de mi existencia. Es El. Es creer en la vida, creer en cada momento presente. Rara vez tengo la sensación de que pierdo el tiempo. Trato de vivir intensamente cada momento, de darle su sentido» (2).

La muerte, decíamos más arriba, sigue siendo trágicamente el símbolo más visible de nuestra finitud; y su horror, discreto o espectacular, no deja de llenar el mundo, a despecho de los admirables esfuerzos de los hombres por hacerla retroceder, o de los ambiguos intentos de olvidarla, maquillándola con los artificios de un ceremonial falaz. ¿Pero es la muerte consecuencia del pecado, lo que, de ser así, querría decir que una salvación verdadera debería eximirnos de morir? Sí, pero sólo en un sentido: en lo que se refiere al terrible carácter que tiene de desgarramiento violento y de necesidad rudamente experimentada y no aceptada. Pero nadie nos fuerza a pensar que la muerte es fruto del pecado en lo que tiene de mero hecho dependiente de las leyes biológicas universales, y menos aún en su carácter de nacimiento a una vida de mayor plenitud (3). En efecto, debemos señalar aquí la ambigüedad de la muerte. Por un lado, nos afecta como una caducidad, una separación, una impotencia, una sima tenebrosa; y «esta situación esencialmente oscura y ambigua frente a la muerte es una consecuencia del pecado original» (·Rahner-K). Nada impide pensar que sin el pecado el hombre habría

pasado exactamente igual por un final biológico; pero esa «muerte», aceptada con paz, se habría vivido como una etapa del crecimiento, como un nacimiento a una vida más auténtica. Porque, por otro lado, la muerte es también suprema realización, última etapa del crecimiento, nuevo y definitivo nacimiento. El psicólogo social Erich Fromm-E, colocándose en un punto de vista meramente humano, ha podido escribir que «el problema que tienen que resolver, lo mismo la raza humana que el individuo, es el de nacer... El niño que está para nacer no es distinto del niño ya nacido: el proceso del nacimiento continúa. El nacimiento, en el sentido convencional del término, es sólo el comienzo del nacimiento considerado en un sentido más amplio. La vida entera del individuo no es otra cosa que el proceso de darse nacimiento a sí mismo. En realidad, habremos nacido plenamente cuando muramos».

La vida humana, incluso y sobre todo salvada, ¿puede experimentar algo que no sea continuación de este nacimiento? «No muero, entro en la vida...», decía santa Teresa del Niño Jesús a sus hermanas desconsoladas, en el momento de abandonar este mundo en el que sólo estamos en gestación.

Podemos ya concluir lo siguiente: la salvación en Jesucristo satisface nuestro verdadero anhelo, aunque no la identifiquemos sino muy dificultosamente, al no satisfacer por sí misma nuestras necesidades percibidas por el momento ni las demandas espontáneas de nuestra imaginación. Hemos de criticar, por lo tanto, las representaciones ingenuas de la salvación, así como el reducirla a lo que de ella puedan decirnos nuestras experiencias actuales. La gracia de la salvación no suprime la naturaleza del hombre y del mundo, sino que la realza y la cura, pero no de lo que es constitutivo suyo sino del pecado que la superdetermina y que la gangrena.

En otras palabras, la salvación no puede venir a deshacer la creación, la respeta como creación en coherencia con un plan único de Dios.

VINCENT AYL ¿QUÉ SIGNIFICA SALVACION CRISTIANA? SAL TERRAE Col. ALCANCE, 15. SANTANDER-1980. Págs. 49-70.

Notas:

1) LENIN: «No hay ni un grano de utopía en Marx; no inventa, no imagina «una sociedad nueva con todas las piezas». L'Etat et la Revolution. Oeuvres choisies, t. II Edit. du Progrès 1968, p. 324. 2) «Informations Catholiques Internationales», 15 octubre 1973. (Artículo sobre la peregrinación a Lourdes de tres mil poliomielíticos y disminuidos en motricidad). 3) Sobre el modo de entender lo que se dice de la unión entre el pecado y la muerte en Rm 5, 12 y 1 Co 15, 21-22, cf. la opinión de un exégeta como Xavier LEON-DUFOUR, en su obra "Jesús y Pablo ante la muerte".

LA SALVACIÓN COMO LA CREACIÓN ES OBJETO DE FE Y DE ESPERANZA

La salvación, coherente con la creación

La reflexión que sigue, más propiamente teológica, se detendrá unos momentos en la unión que, por la fe, existe entre creación y salvación. ¿No podría ilustrarnos respecto a la salvación lo que la revelación nos dice acerca de la creación, y viceversa? Si Dios es Dios, no podría negarse a sí mismo introduciendo en su obra la contradicción y el capricho. Su iniciativa de «Salvador» no puede invadir su iniciativa de «Creador». Pues es el mismo Dios el que continuamente está creando el mundo y el que lo está salvando: en ambos casos están actuando el mismo poder, la misma sabiduría y el mismo amor. No toda paradoja es necesariamente contradicción; si se da paradoja en la creación y en la historia, las dos enteramente de Dios y enteramente confiadas a la libre responsabilidad del hombre, ¿no volverá a encontrarse esta paradoja también en la salvación, por completo dada y por completo en proyecto?

-Creación y salvación: distinguir sin disociar

Consideradas desde el lado del hombre y en el plano de la abstracción, hay que distinguir entre la obra de creación y la obra de salvación. Dicho de otro modo, el dinamismo puesto en marcha en la creación, no exigía «de derecho» el dinamismo que se despliega en la salvación: este último es gratuito. Pero situándonos en el plano de los hechos, si consideramos lo que fue y lo que es, y no «lo que podía haber acontecido» (la teología no actúa sobre «sí» misma, sino sobre una historia efectivamente realizada), no es posible comprender ninguna de ambas iniciativas divinas sino dentro de la unidad del plan de Dios. Las dos están unidas entre sí muy estrechamente. «El cristianismo primitivo rehusó disociar al Dios creador del Dios salvador. La Trinidad que crea y la que salva es la misma. Se percibe un Dios fiel a su plan inicial, al que restaura tras la rotura del pecado» (36).

La encíclica *Redemptor Hominis* de Juan Pablo II, atestigua vigorosamente esta visión doctrinal unificadora: la redención no está «al lado» de la creación; es la creación acabada, manifestada, renovada. No es, por lo tanto, mera reparación de un desgraciado accidente que ha sobrevenido. El dogma de la redención -nos recuerda la encíclica de Juan Pablo II- implica un aspecto cósmico.

Es que, de hecho, el amor que Dios nos demuestra en la obra de la salvación es el mismo que pone en su creación. En Dios no existe sucesión temporal de planes, como necesariamente ocurre con nuestros pensamientos y deseos humanos, siempre plurales, espaciados, discursivos y escalonados en el tiempo. Dios es (ya) salvador en su acción creadora. En sana teología cristiana, no puede elaborarse el tratado de la creación independientemente de la soteriología (tratado de la encarnación redentora). Y esta proposición puede y debe invertirse: no cabe razonar sobre la salvación independientemente del razonamiento sobre la creación. Como escribía Oscar Cullmann-O, «en la creación es donde primero se revela Dios mismo. Eso es lo que en el Nuevo Testamento une estrechamente la creación con la redención: en ambos casos se trata de Dios revelándose y comunicándose El mismo. El mismo logos es también el que aparece en carne como mediador humano y el que ya antes había sido el mediador de la creación. Precisamente por atreverse a ver en una simple vida humana la revelación cardinal de Dios, el Evangelio de san Juan demuestra que toma radicalmente en serio el

hecho de que, desde el principio, toda revelación es obra de Dios en Cristo, es decir, que en el plano de la soteriología, no es posible oponer la creación y la redención». (37) . Ciertos exegetas han prestado especial atención al hecho siguiente: en el Antiguo Testamento, los textos que presentan a Dios como creador (primeros capítulos del Génesis, numerosos versículos de salmos, textos de literatura sapiencia, etc.), son de redacción más tardía que los que lo presentan como salvador de su pueblo. Mejor aún: la obra creadora de Yahvé es considerada y magnificada a la luz de su acción liberadora de salvador. Ya la creación habla de un Dios que ama al hombre y quiere su felicidad. La fe en un Dios que salva a Israel, permite formular la fe en un Dios que salva al mundo.

Digamos, por lo tanto, que la salvación, plenamente revelada y radicalmente adquirida en Jesucristo, es la realización -y, desde el punto de vista del hombre histórico, la «restauración»- de la única intención eterna de Dios que es continuamente presencia fundadora en lo secreto del hombre y del mundo. Esto es lo que pretende expresar Ef 1,4: Dios «nos ha elegido en Jesucristo antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia».

Sería, pues, engañoso para nosotros presentarnos dos proyectos divinos sucesivos, uno de creación y otro de redención. La realización plena de la humanidad por la filiación divina, es el único proyecto de amor gratuito de Dios creador y ya entonces salvador. San Juan presenta al Hijo, además, como Aquel en quien tenemos la salvación (Jn 1, 3-5). Si debemos concebir la salvación del mundo tan estrechamente unida con la creación, ¿qué consecuencia hemos de sacar de ello para aclarar la pregunta de la que hemos partido?

-La salvación, como la creación, no puede relegarse a un momento anterior a nosotros

Por lo que a la obra creadora se refiere, creemos que Dios está siendo constantemente creador incluso a través de las mismas empresas del hombre, en la historia, orientadas a acondicionar y dominar la tierra, explorar y conquistar el cosmos y mejorar las condiciones de salud, libertad y vida individual y social. No se puede reducir la salvación a un lapso de tiempo aislado y localizable entre las brumas de un pasado muy remoto. Dios sigue creando, en el sentido de que El es el manantial permanente de donde mana cuanto existe en cada instante; actualmente crea dentro de la actividad del hombre, sin ingerirse en su plena iniciativa -que sigue libre y sujeta a riesgos-. Somos colaboradores de Dios en su permanente obra de creación: El crea siempre en nosotros, al menos si actuamos según su intención, que es la felicidad y la vida plena del hombre. No por eso diremos que Dios hizo mal su trabajo de creador dejándolo inacabado... Pues El es, en cada momento, el manantial absoluto y decisivo -y no sólo inicial, en el sentido de «empujón inicial»- de la creación en continua formación, manantial sin el que no existiría el río de la historia creadora.

Dios no se contradice. Concibamos, pues, la salvación en forma análoga, como decisivamente adquirida por la Pascua de Jesucristo y, al mismo tiempo, como constantemente operante en cierto modo a través de las empresas humanas orientadas a liberar por completo al hombre de la tiranía del pecado, y a hacer que el mundo sea más habitable y más justa la sociedad. No nos representemos la salvación como efectuada sólo en el pasado. La salvación no es, como tampoco lo es la creación, obra de un dios de la magia que no tomara en serio la historia y que despreciara al hombre hasta el punto de no querer llamarlo libremente a la responsabilidad y al compromiso históricos. El Dios creador y redentor no puede querer otra cosa que el pleno ejercicio de nuestra libertad para la realización de su designio. Las peticiones de la Oración dominical: ¡«Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo!», sólo pueden tener un significado equivalente a éste: «¡Padre nuestro, que el hombre que soy pueda y sepa comprometerse, libremente y con sus hermanos, en tu obra de creación y de salvación!» Así aparece la unidad del designio de Dios creador y salvador; salvador en su acción creadora a través de la actividad del hombre; y re-creador en su acción salvífica a

través de los esfuerzos del hombre. Este conjunto encuentra su centro de energía y su cumbre decisiva en la encarnación redentora realizada, una vez por todas, por el Hijo de Dios hecho hermano nuestro en humanidad y que nos ha «comprometido» en su propio combate victorioso y en su actitud filial. A la salvación, igual que a la creación, no se la puede recluir en el tiempo considerándola como un momento bien delimitado, que se situaría antes o después de nosotros y de cuya actualización en el presente estuviéramos dispensados, pudiendo, a lo sumo, establecer un empalme artificial entre el hoy y el ayer mediante el recuerdo psicológico.

En la celebración litúrgica de la salvación, la «Memoria» es algo completamente distinto: es una «memoria activa» que actualiza eficazmente la salvación adquirida una vez por todas en Jesucristo; la hace realmente presente y nos compromete en su movimiento, impulsándonos a manifestar la realidad de esta salvación en los azares de la historia, mediante nuestros esfuerzos para luchar contra todo lo que retrase el advenimiento del Cielo y de la Tierra nueva. Así llega la historia a ser el lugar de la Pascua...

-La salvación, lo mismo que la creación, es objeto de fe, pero también de esperanza movilizadora

La salvación está «ya realizada» (dada). Y depende también del «ir haciéndose» (hay separación, desfase, entre el presente y la situación futura anunciada). La salvación es objeto de contemplación en la fe (dada), pero también de compromiso y de acción por nuestra parte (separación, desfase). Vemos que así hace plenamente honor a las demandas de lo que constituye nuestro más verdadero y profundo «deseo» -por encima de nuestras simples necesidades inmediatas, demasiado miopes- y de lo que el análisis antropológico nos ha revelado como la condición del hombre y del mundo humano.

He aquí, entre otras posibles, algunas citas del Nuevo Testamento que certifican que la salvación es -lo mismo que el hombre y su mundo- una mezcla de cosa «dada» y de «proyecto»; por las palabras que vamos a leer, estaremos en mejores condiciones de dar un sentido que coincida en algo con nuestra experiencia humana:

-«Ahora, somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. «Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es» (1 Jn 3,2).

-«Por su gran misericordia, mediante la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha reengendrado a una esperanza viva, a una herencia incorruptible (...) reservada en los cielos para vosotros, a quienes el poder de Dios, por medio de la fe, protege para la salvación, dispuesta ya a ser revelada en el último momento» (1 Pe,3,5) -Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios (...). La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre (...). Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo. Porque nuestra salvación es objeto de esperanza; y una esperanza que se ve, no es esperanza, pues, ¿cómo es posible esperar una cosa que se ve?» (Rm 8, 19-24).

En los pasajes que preceden, he subrayado cierto número de términos, para evidenciar mejor la oscilación entre lo que es «ya» y lo «aún no manifestado» de la fe en la salvación cristiana. La paradoja de esto último no se resuelve con una satisfacción intelectual barata, un tanto simplona y tranquilizadora. Este punto final puesto demasiado apresuradamente a lo que define nuestra condición humana, sería sospechoso... Por el contrario, la paradoja resiste y se mantiene como estimulante del pensamiento y del compromiso; y mantiene alerta nuestra vigilancia en la acción y en la oración: «Vigilad y orad...»

Atrevámonos, pues, a enfrentarnos con la paradoja de la salvación:

-Sí, este mundo ha sido verdaderamente salvado de la perdición; y podemos cantar sin mentir: ¡Aleluya!, ¡Jesús es Salvador!

-Sin embargo, para quien le mira con lucidez, este mundo no parece haber sido salvado verdaderamente, aún espera la manifestación de la salvación; y nosotros debemos comprometernos en la acción, en medio de la oscuridad y con riesgo de que nos cueste lágrimas.

La reflexión teológica de ayer y de hoy no ha intentado embotar el filo de esta irritante paradoja, ni disolverla o en un optimismo ciego o en un abatimiento derrotista y crispado. El optimismo sería contrario a la honradez o a la lucidez. El pesimismo no podría ser coherente con la fe en la victoria lograda por Cristo en beneficio nuestro y, por otro lado, no arreglaría nada de las desdichas del mundo, sino muy al revés; recordemos el sarcasmo de Nietzsche-F: «La decisión cristiana de encontrar feo y malvado al mundo, lo ha vuelto feo y malvado». Entonces, para aguantar valientemente la paradoja, la teología utilizó toda una serie de fórmulas bipolares. He aquí algunas, a título de ejemplo:

-La salvación expresada en términos de ya y aún no (categorías del presente y del porvenir).

-En términos de dada y apropiada personalmente (categorías de lo objetivo y de lo subjetivo).

-En términos de real y manifestada (categorías de lo oculto y de lo visible) .

-En términos de virtual y actual (categorías de la «potencia» y del «acto»). «Por la fe, los creyentes se salvan y no están salvados, pues están siéndolo: la conversión es un proceso permanente que sólo se termina en la muerte y que en el tiempo sólo se realiza por la entrega de sí a los demás, a los más desgraciados de ellos» (40). La doble reflexión, antropológica y luego teológica, que acabamos de establecer, nos obliga a renunciar a una concepción estática de la salvación, para adoptar una visión dinámica mucho más digna del hombre y de Dios. Esto es lo que tenemos que determinar ahora brevemente.

6.-De una imagen estática a una imagen dinámica de salvación

La concepción estática

Según lo que hemos visto que es la condición humana y el modo propio de actuar de Dios en su designio único, una salvación de tipo fixista no sería una salvación verdadera para el hombre y no podría reconocer como su autor al Dios de la Biblia.

En esta concepción estática, se trata de una imagen de la salvación y de la fe reducidas a algo meramente «dado», que no admite ningún desarrollo histórico ni ningún porvenir. La fe y la salvación se utilizan aquí como una mera respuesta a la «necesidad» del hombre víctima de las dificultades del vivir. Esta necesidad del hombre no está llamada a ser controvertida ni a evolucionar, a diferencia de su «deseo» cuya apertura es ilimitada. Ante una salvación tal, nada tendría que hacer el hombre con su libertad, reducida así a la situación de paro forzoso. En esta situación, el hombre sería un simple consumidor de la salvación o un mero espectador pasivo, descargado de su responsabilidad y frustrado en su dignidad de persona libre. Retrocederíamos a la actitud mágica pagana, denunciada por toda la Revelación. Si pido a Dios: «Dadme la fe que salva, para que duerma tranquilo, sin preocupaciones materiales y sin angustia metafísica», me parezco a la mujer samaritana de la que habla el Evangelio: «Dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla...» (Cf. /Jn/04/15). Dios es Padre sin paternalismo humillante. No tiene nada de mago. En el campo de la necesidad experimentada por aquella mujer, Jesús hizo surgir el deseo. Y la mujer de Samaria somos hoy cada uno de nosotros...

La concepción dinámica

El agua viva de la salvación no es de la misma naturaleza que esa otra con la que el cuerpo apaga su sed junto a los pozos de nuestras necesidades inmediatas. La salvación concedida por Dios en Jesucristo no es de la misma naturaleza que las acciones de salvación de tipo político, económico, médico o moral. La liberación de la salvación no se reduce a la idea que de ella nos formamos en medio de las dificultades y luchas de este mundo.

Recibimos la fe y la salvación como un don, sí; pero como un don que es un llamamiento -o más exactamente, una serie sin fin de llamamientos- y la capacidad de responder a ellos. Un don que es misión y tarea brindadas a nuestras libertades. Con esto damos la espalda a todos los conductismos de tipo mágico, tan frecuentes en las religiones. La revelación de la salvación en Jesucristo es todo lo contrario de una solución aún no descubierta por los hombres en su difícil existencia política, social y económica. Pues esta revelación, más que acallar sus ingenuas preguntas, les interroga; plantea más problemas de los que resuelve directamente; no garantiza la tranquilidad ni la seguridad, sino invita a actuar con riesgo en la historia y en medio de sus contradicciones. Nos llama a discutir nuestros propios problemas y necesidades humanas, y a aceptar la aventura de su posible cambio... «La palabra de Dios no satisface nuestro deseo, lo cambia», decía Maurice Bellet. Conviene precisar que ese mismo cambio no se produce sin dolor, y que requiere nuestro esfuerzo y nuestro empeño.

La esperanza en la salvación «aún no» manifestada no consiste en una plácida espera: es manantial y exigencia de acción en este mundo, a fin de cambiarlo. La energía salvífica de la Pascua de Cristo no depende de las leyes de la física, pues Dios no es una cosa; se sirve de los caminos de la libertad, de nuestras libertades. Terrible grandeza y terrible responsabilidad: el dinamismo de la salvación que se origina de modo permanente en Jesucristo, ha sido confiado a nuestras manos tan débiles, avarientas o perezosas. «Dios no tiene nuestras desganas» (François Mauriac). ¡Tiene que tener fe en el hombre!...

Guardémonos, pues, de confundir ingenuamente la salvación cristiana con las imágenes que de ella nos formamos espontáneamente partiendo de nuestra experiencia de las necesidades del mundo y del hombre. A esta llamada de atención vienen a parar todas nuestras reflexiones, desde el comienzo de esta segunda parte. Queda en pie una pregunta importante: ¿Desconocerá esta salvación las esperanzas humanas y no tendrá relación alguna con las tareas presentes de liberación del hombre? ¿No nos conducirá al «tartufismo», cierta idea depurada de la salvación y de su anuncio? Por eso es importante que sigamos reflexionando más detenidamente.

3ª PARTE:

UNA SALVACIÓN QUE PROMUEVE, CRITICA Y SUPERA TODOS LOS PROYECTOS HUMANOS.

7.-Los sueños y proyectos del hombre, puestos a prueba por la historia bíblica. Todos tenemos nuestra modesta opinión acerca de lo que la salvación debería darnos ya desde ahora y para más tarde. La primera actitud de una fe adulta consistirá en someter a la crítica esos sueños espontáneos. Nos invitan y ayudan a hacerlo nuestros conocimientos sobre el desarrollo histórico de esta fe en el pueblo salvado. «Crítica» no significa censura, y menos aún desprestigio o condena sistemáticos, sino más bien «puesta a prueba», esfuerzo de discernimiento, criba, profundización... Pero todas estas operaciones pueden conducir a cambios obscuramente temidos.

¿Son humanamente buenos todos nuestros sueños de salvación? Si estos sueños se presentaran como nocivos para nosotros, es seguro que no nos entregaríamos a ellos. Pero sabemos también que es propio de la ilusión y del mal precisamente el no presentársenos de golpe como tales, sino bajo las apariencias de algo muy a las inmediatas verdadero y cierto. Así, pues, hay motivos para examinar y hacer crítica de esos frutos inmediatos de nuestra imaginación.

Aunque haya que criticarlos y sobrepasarlos, eso no quiere decir que necesariamente sean despreciables y completamente inútiles. Hasta cierto punto, los necesitamos para comunicar dinamismo a nuestra actividad. Para «sobrepasar», primero hay que «pasar por...» La que podría denominarse «utopía cristiana» -en política, por ejemplo- se comprueba que es un factor fecundo, siempre que se reconozca que es «utopía» y no se busque en ella el diseño de una sociedad real o realizable en el porvenir. La carta de Pablo VI al cardenal Roy acerca de las cuestiones sociales (documento del que Roger Garaudy confesaba que «no olía a opio»), subrayaba que las ideologías, las utopías y los grandes mitos sociales y políticos, por muy necesarios que se los pueda considerar, nunca deben canonizarse ni tomarse por lo que no son.

La razón es que nuestros sueños de salvación sólo pueden nacer y desarrollarse en el humus de un mundo ambivalente. De esta ambivalencia da fe la Escritura. «Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único», nos dice Juan (/Jn/03/16); pero el mismo Juan manifiesta en otro lugar: «No améis al mundo ni lo que hay en el mundo» (/1Jn/02/15). En la primera afirmación, el mundo es todo lo creado, todo cuanto existe fuera de Dios; mientras que la segunda frase designa el mundo opaco y cerrado a Dios, el mal, lo que hay de malo en el mundo. Distinción ésta de capital importancia, que debemos hacer igualmente en lo relativo a los sueños que nos forjamos sobre este mundo, y que echan raíces en él. La ilusión imaginaria consiste en creer que la salvación en Jesucristo se asemeja a nuestras expectativas humanas y aspiraciones, tal y como nos las presenta el espejo de nuestra inventiva (dicho en otros términos, una salvación que equivaldría a suprimir el riesgo y nuestra finitud); en creer que esa salvación está en línea de continuidad con lo que vemos en el retrovisor de nuestras utopías; que se reduce a la liberación política, al establecimiento de una sociedad en la que la economía esté de verdad al servicio del hombre: cosa que, por lo demás, es un proyecto que no puede ser más noble y una tarea que no puede ser más urgente e imperiosa.

Ilusión, porque el Dios que nos salva en Jesucristo no está hecho por mano de hombre, como lo están los ídolos; ni es la proyección de nuestros sueños y necesidades;

ni es tampoco un «superhombre», una imagen aumentada y perfeccionada de lo que nosotros somos. Siempre nos sorprenderá su salvación. Y precisamente así es salvación del hombre, «por nosotros los hombres», como lo proclamamos en el Credo. Esta salvación no puede empequeñecernos «cerrando» nuestra apertura indefinida e indeterminada, lo cual sería hurtarnos a nuestra condición humana, contradecir a la creación, suprimir nuestra responsabilidad, nuestra libertad y nuestra creatividad, nunca satisfechas por su misma naturaleza. Estas características fundamentales del hombre suponen separación, incompleción, conflicto y obstáculo, como hemos visto anteriormente.

Uso correcto del lenguaje simbólico sobre la salvación:

El lenguaje de la Biblia y de la Tradición cristiana relativos al cielo, la salvación, la vida eterna, el Reino, etc., adopta la vía de los símbolos y expresa la fe y la esperanza en términos muy humanos: paso de las tinieblas a la luz; de la debilidad psicológica a la salud; del hambre y la sed a la saciedad; de la muerte a la vida; del aislamiento a la reintegración comunitaria; etc. Este lenguaje podría equivocarnos por halagar nuestras necesidades demasiado humanas y reactivar las imágenes de nuestra fantasía. Así y todo, este lenguaje debe ser estimable para nosotros; y yo lo encuentro interesante por cuatro razones por lo menos:

-Por su carácter muy concreto y corpóreo, nos pone a cubierto de una imagen de la salvación que olvidara al cuerpo, chocara frontalmente con este mundo y subestimara la vida en la tierra. Nos da a entender que no se perderá todo en nuestras aspiraciones y luchas terrenas.

-Por otra parte, es acertado el que los símbolos bíblicos de la salvación y del cielo presenten tanta variedad y profusión: unas veces se trata de un banquete, de una boda; otras, de una ciudad magnífica o de un reino de paz y prosperidad, de una tierra abundosa, de un valioso tesoro, de una reunión festiva, de un jardín bien regado, de una morada cálida y fraterna, de una sociedad sin injusticias, de una herencia cuantiosa, etc. Esta irregular variedad, paradójicamente nos invita a la discreción en nuestros intentos de representarnos la salvación. En efecto, ante esta multiplicidad de imágenes, de alguna manera incoherente, hay que decirse que es imposible comprar esa salvación «sobre los planos», porque es positivamente indescriptible. «El mito da que pensar», según la fórmula frecuentemente repetida de Paul Ricoeur. Aquí tenemos «mitos escatológicos» en sorprendente variedad. El «mito» no significa aquí una vana superchería. La multiplicidad de sus formas advierte al creyente que «se trata de un significado que sus imágenes no hacen más que insinuar, y que rebasan todo concepto (...) y todo lo que él pueda imaginar o pensar» (1).

-Añadamos que ese lenguaje, precisamente por su discreción (debida a la gran variedad de las imágenes propuestas), respeta mejor nuestra libertad. Pues, a través de ese inasequible flujo de expresiones, nada preciso nos describe visiblemente la Escritura; nos conduce pedagógicamente por el camino de la verdadera realidad, sin violentar nuestra conciencia. La libertad de nuestra fe supone que el misterio está oculto y a la vez descubierto. La imaginación es el campo de la libertad. Como escribía Roger Garaudy, «la imaginación como utopía, no es lo irracional ni el juego desbarajustado de las imágenes; es la disponibilidad del espíritu que se niega a dejarse encasillar y a concebir el porvenir como una prolongación o una combinación del pasado. Lo propio de la imaginación creadora es no conformarse con extrapolar partiendo del presente, sino abrir una vía inédita invirtiendo el proceso positivista: se parte del objetivo que hay que alcanzar, y de él se deducen regresivamente las condiciones de realización, los medios y las etapas intermedias» (2).

-Por último, la vía simbólica es quizás el lenguaje con un significado más apropiado y menos indigno para expresar la fe. Este lenguaje no pretende apresar en sus redes la realidad de la salvación: sólo pone en ella la «mira» desde lejos. No es más antropomórfico que el lenguaje conceptual, quizás lo es todavía menos. En efecto, tan

lleno de imágenes está lo que dice, que con ello mismo está confesando su impropiedad. Por poner otro caso, ¿cómo podría Yahvé ser al mismo tiempo roca, pastor, Padre, Esposo, escudo, fuego, etc...? Queda claramente indicado que Yahvé está por encima de todo eso.

No lamentamos, por lo tanto, este lenguaje bíblico y su abundancia de símbolos. Sino, una vez más, para no dar lugar a una ingenuidad abierta a todos los engaños, esa estima del lenguaje simbólico relativo a la salvación, supone que se sabe que es simbólico, es decir, que está en buscada discontinuidad con la realidad, respecto de la cual no puede hacer más que orientarnos.

El movimiento liberador del Antiguo Testamento

Se considera a Yahvé salvador de su pueblo porque lo libera de una situación de cautiverio, de adversidad: lo libera haciéndole salir de Egipto, otorgándole el triunfo en la conquista de la tierra prometida, haciendo que venza a los Filisteos y sacándolo del cautiverio de Babilonia... Para aquel pequeño pueblo la salvación es, en primer lugar, encontrar qué comer y qué beber, poseer un espacio en que vivir, disponer de una tierra y de unas condiciones materiales de libertad y de prosperidad. Se trata por lo tanto, en primer lugar, de una «salvación» temporal, política... Pero esta noción temporal de la salvación va a ir enriqueciéndose y modificándose progresivamente. Muy pronto (ya en la época de los Jueces), a la liberación política y económica se asociará la «metanoia», es decir, el retorno a Yahvé, la conversión del corazón. Y este movimiento de interiorización irá acrecentándose con el mensaje de los profetas...

El tema de un Dios que salva a sus fieles es común a casi todas las religiones antiguas. Pero se advierte que, en la experiencia del pueblo de la Biblia, reviste un colorido original. En nuestro marco actual, resulta imposible evocar todos los aspectos de esta experiencia (3). Señalemos algunas referencias, entre otras igualmente típicas:

-La experiencia fundamental fue la de la liberación de Egipto, en la que Israel tenía que ver una obra de salvación realizada por su Dios: Ex 14,13; Is 63, 8 ss; Sal 106, 8,10,11. -Dios salva a David otorgándole la victoria: 2 S 8, 6,14; 23, 10,12. -Con la intervención de David, salva a su pueblo de sus enemigos: 2 S 3, 18; -Como lo había hecho ya por los Jueces: Jc 2, 16-18.

-En todos los peligros, Israel se vuelve hacia Yahvé «para ser salvado»: Jr 4, 14. - Sabe que fuera de su Dios «no hay salvador»: Is 43, 11; Cf 47, 15; Os 13, 4, etc. En el Antiguo Testamento se observará, como una característica singular, el movimiento de la esperanza escatológica. Surge con viveza extraordinaria en la gran prueba nacional de la toma de Samaria y cuando el Destierro (Mi 7, 7): Yahvé salvará a su pueblo devolviéndolo a su tierra (Jr 31, 7), pero también enviándole un «Rey-Mesías» (Jr 23, 6); después, «librándole de todas sus inmundicias» (Ez 36, 29); haciendo que reinen en toda la tierra -mucho más allá de las fronteras de su pueblo elegido- la justicia, la paz y la felicidad en el servicio del único Dios. Se llega a la noción de la salvación como liberación de todas las idolatrías y del pecado, como purificación de los corazones liberados de la tiranía del egoísmo y de la injusticia. El pueblo así liberado recibirá el don del Espíritu de Yahvé que proporciona una vida sin fin y transfigurada (cf. los últimos escritos del Antiguo Testamento).

Así, pues, podría esquematizarse el movimiento de esta historia diciendo que va de lo exterior a lo interior; de una liberación de orden temporal a una liberación mucho más profunda y radical. Hay que añadir, sin embargo, que en la época de Jesús va a exacerbarse una corriente de mesianismo temporal debido a la ocupación del país por los Romanos: no se ha dejado, ni mucho menos, de esperar de Dios (y de su misterioso mesías) una liberación de tipo político.

El Nuevo Testamento y la aspiración mesiánica

Jesús va a rechazar abiertamente ser un mesías temporal y político. Evita declarar que es el «mesías», porque este término acarrearía sueños demasiado humanos. El quiere ser el Siervo del que hablaba el libro de Isaías, el «Hijo del hombre» del capítulo 7 de Daniel. Ciertamente es «rey» -véase la respuesta de Jesús a Pilato-, pero no el rey que muchos esperaban. Se le ve escabullirse de entre una multitud entusiasmada que quería proclamarlo rey. Es el «rey del pueblo de los santos del Altísimo» (Cf. Dn 7, 22,27).

Ni mesianismo temporal, ni evasión pietista

¿Habría que decir que el esquema de evolución que se advierte en el Antiguo Testamento (de la liberación temporal a la liberación interior y espiritual), sufre en Jesús una inversión de sentido: de la liberación interior del pecado a los efectos temporales de esa liberación espiritual? Para Jesús, fundamentalmente, se trata de cambiar nuestras relaciones con Dios; pero como consecuencia imperiosa de tal cambio interior; tiene que cambiar todo en el campo de nuestras relaciones con el mundo de la naturaleza, de la familia y del poder. ¡Nada de evasión intimista! Y Jesús ofrece ejemplos de este impacto de la conversión interior sobre lo temporal: las curaciones, a las que se designa equivalentemente con la palabra «salvación» («Cúrame» igual a «sálvame»; «Vete, tu fe te ha salvado», dice Jesús al sanar a los enfermos); la reintegración de las personas en la comunidad (publicanos, leprosos, prostitutas, marginados, discriminados y proscritos); la oposición a Mammona (el dinero que divide y que endurece el corazón). En san Pablo, Cristo nos salva de la esclavitud de la Ley, del pecado; pero para El, esta salvación que es «justificación» y «glorificación», no se reduce en modo alguno a un espiritualismo individual: la salvación afecta también al cosmos (Rm 8), y su aspecto escatológico, vigorosamente subrayado por Pablo, es germen de transformación de las relaciones humanas ya desde ahora (Cf. la breve carta a Filemón, a propósito de los esclavos).

¿Será políticamente neutro el Evangelio?

Resta saber si puede verse en el mensaje de Cristo la legitimación de tal o cual doctrina política o económica determinada, el fundamento que venga a justificar una acción de liberación social o de organización de la vida internacional.

Ante estos interrogantes, se ha podido escribir que «el Evangelio se mantiene a distancia frente a lo temporal», que responde con «su indiferencia para con la sociedad, sus evoluciones y reivindicaciones», que «la salvación anunciada está por llegar y no es de este mundo (...). No traslada la ciudad del cielo a la ciudad terrena. La salvación del Nuevo Testamento sigue siendo siempre una realidad distinta de nuestro mundo (...); la salvación, en la medida en que ya está presente, es una realidad interior al hombre (...). La indiferencia con respecto a las estructuras temporales caracteriza el anuncio neotestamentario de la salvación. Es significativo el hecho de que el Evangelio no contenga orden ni consejo de transformar la sociedad en un sentido o en otro. Más aún, no incluye crítica alguna de orden social. Y no es porque ratifique las formas de organización y las relaciones económicas tal como existían entonces, sino porque es otro su objetivo, porque la búsqueda de Dios y su acogida son lo único que cuenta para cada hombre, y porque ambas pueden realizarse a través de toda situación, sea cual fuere...» (4).

La cita que acabo de ofrecer contiene observaciones muy acertadas. Sin embargo, está plagada de equívocos. Es muy justo denunciar las utilidades políticas del Evangelio, vengan de la derecha, de la izquierda o de otra parte. Debería parecer evidentemente que no puede buscarse en el Evangelio una doctrina económica o social, o la garantía de nuestros análisis humanos y de nuestras opciones en estas materias, que son, sin embargo de importancia capital. Estaba en lo cierto un periodista cuando, en un artículo titulado «desacralizar la política», invitaba a los electores a colocar la política en

su verdadero sitio, muy importante y elevado, pero sin sacralizarla: «A veces, tengo la sensación -escribía- de retroceder por la historia cuando oigo a un candidato soliviantar a los católicos para que defiendan una moral del orden, o cuando leo ingenuas proclamas a votar socialista en nombre del Evangelio» (5). Pero dicho y subrayado esto con mucha razón, no por ello será menos falso creer que el Evangelio de Jesús es «indiferente» a lo que constituye la existencia histórica del hombre llamado a la salvación, y que la preocupación por el orden moral o la opción socialista nada tienen que ver con el Evangelio y con la salvación cristiana.

Podríamos encontrar ya un punto de referencia en estas otras observaciones de Bernard Ronze, en las que se apreciará su gran preocupación por matizar: «El Evangelio prohíbe confundir la salvación del hombre con unas liberaciones de orden económico y social. Esta prohibición deja íntegra la cuestión de saber si esas liberaciones reciben o no un impulso del mensaje evangélico. Excluye simplemente la pretensión de lo económico de señalar las vías de la promoción humana, y ya desde el punto de partida, neutraliza en quienes tienen cura de almas la tentación de ver, en unos cambios o revoluciones de orden estructural, el anuncio de la salvación o las condiciones necesarias para anunciarla o para recibirla (...). No por eso el Evangelio contiene menor denuncia (...). Si la voluntad de servir se deriva directamente del mensaje evangélico, nunca podría deducirse de ahí el contenido del compromiso temporal a que ella conduce. El Evangelio no da la preferencia a estructura u organización alguna. Y nadie tiene derecho a invocar su autoridad para proponer o «imponer una de ellas» (6).

No obstante, creo que hay que ir más allá de lo que pueda constatarse por la distancia adoptada por Jesús ante lo temporal: en su actitud hay mucho más que negativismo. Mantenerse distante equivale aquí a un acto político positivo. El Evangelio no es neutro ni indiferente. Ocurre que el mantenerse a distancia puede ser la actitud más revolucionaria. La negativa de Jesús a tomar el poder que le ofrecían y a identificar su misión de salvación con las actividades de resistencia antirromana de los zelotes (7), reviste el sentido de una enseñanza positiva acerca de la acción política. Al advertir que Jesús luchó contra los poderosos y que, al mismo tiempo, frustró al pueblo en su expectativa de un mesías libertador y temporal, Christian Duquoc expone su propia interpretación en estos términos «también los exegetas están de acuerdo en reconocer que Jesús rehusó el papel de mesías político, y ven en ese rechazo el testimonio del significado religioso de su mensaje. Opino que este hecho debe ser interpretado de otra manera: a mi entender, el antimesianismo de Jesús establece, por el contrario, el significado político de su lucha. Mesías, es decir, enviado de Dios, se niega como tal a transformar las realidades sociales exonerando a los hombres de ser ellos los sujetos de esa transformación. Lo que superficialmente parece una repulsa política es, por el contrario, un acto político: en ningún caso priva el mesías a los hombres de construir ellos su propia historia y su sociedad» (8).

Así, pues, no se trataría por parte de Jesús, de alentar al desprecio o a la indiferencia frente a las tareas de liberación política, de compromiso social y de transformación de los sistemas económicos; sino, mucho más sólidamente, de remitir estas tareas a la responsabilidad de los hombres en los nuevos tiempos mesiánicos. Cuando Jesús, que acaba de multiplicar los panes (Jn 6), advierte que la gente quiere inducirle a tomar el poder, huye al monte; con eso quiere decir: «A vosotros, hombres, os corresponde proporcionar pan a todos los hambrientos de la tierra... Me niego a exoneraros de vuestras responsabilidades políticas y económicas». Nuestra tentación es, en efecto, hacer que Dios y su Cristo carguen con la responsabilidad de los asuntos temporales, lo cual es un modo de rehuirlos o de ponernos a cubierto de sus riesgos y de los conflictos inherentes a ellos. Jesús denuncia ese juego y, al hacerlo, revela una imagen más exacta de Dios y del hombre, encarece la urgencia de esas tareas y la grandeza de nuestra libertad, cuyo ejercicio no quiere poner en cortocircuito. «Al rehusar Jesús el poder como Mesías no niega a la política sus derechos; le reconoce como el lugar donde el hombre, al producir sus relaciones sociales, verifica la exigencia profética, cuyo

paladín se hace. La exigencia del Reino no hace vana la lucha histórica, sino revela su alcance trascendental» (Ibídem).

Añadamos que si Cristo no viene a prescribirnos unos medios y un programa de liberación de los oprimidos, ni tampoco nos exonera de la obligación, parece tanto más importante por cuanto que el propio Cristo se identifica a sí mismo con el pobre, el hambriento, el extranjero, el prisionero, el oprimido: este es el sentido, temporal y espiritual a un mismo tiempo, del anuncio del Juicio en /Mt/25/31-46. Si Cristo pone la salvación en la conservación interior y en el retorno a Dios, hay que precisar que la reconciliación con Dios pasa por el camino de la reconciliación con los hermanos. No hay relación «en conexión directa» con el Dios de Jesucristo, que nos exima del compromiso por el servicio de los hombres necesitados. Consiguientemente no hay salvación que dispense de las mediaciones históricas y de sus proyectos temporales. La urgencia del Reino es también la urgencia de las liberaciones humanas.

VINCENT AYEL ¿QUÉ SIGNIFICA SALVACION CRISTIANA? SAL TERRAE Col. ALCANCE, 15. SANTANDER-1980. Págs. 71-83 y 90-104.

Notas:

1) Roger GARAUDY. La alternativa, p. 107. 2) Cf. J. P. MANIGNE. Pour une poétique de la foi. Edit. du Cerf. 3) Remito, entre otra documentación, al artículo «Salut» del Vocabulario de Teología Bíblica. 4) Estas frases están sacadas de un artículo que rezuma el inconformismo provocativo de Bernard RONZE: Evangile et Economie (en «Etudes», febrero 1972). Precisemos que el artículo no se limita a eso, y que está lejos de garantizar las evasiones de lo temporal: las denuncias, así como las anexiones del Evangelio a tal o cual proyecto humano. 5) Jean BOISSONNAT. En «La Croix» del 4 de mayo 1974. 6) Bernard RONZE, artículo citado, p. 285 y 288. 7) Sobre este punto, se leerá con interés: Oscar CULLMANN, Jesús y los revolucionarios de su tiempo, y Martín HENGEL, Jesús y la violencia revolucionaria. 8) Christian DUQUOC. Le salut chrétien comme libération». En «Idéologies de libération et messages de salut».

¿De qué nos libera Jesús? 2

En Jesús, Dios se hace uno de nosotros, miembro de pleno derecho de la humanidad. Y nuestra humanidad queda comprometida por la salvación que El anuncia y realiza en su humanidad. Además, es preciso que nosotros nos adhiramos libremente a ese compromiso, mediante nuestra fe y nuestro propio compromiso. Para eso, necesitamos saber de qué nos libera la salvación.

De la alienación religiosa y del dominio de los ídolos. En primer lugar, Jesús nos salva «liberándonos de Dios... o más bien, de las imágenes que nos formamos de Dios» (1). Nos libera de la «religión» tal como el hombre tiende naturalmente a concebirla y practicarla. Nos revela el verdadero Dios y las verdaderas relaciones con El. Al mostrárnosla, nos libera de la alienación religiosa, la más perniciosa de todas las alienaciones, y cuyas manifestaciones son bien conocidas: el miedo a Dios, la angustia, el formalismo, el juridicismo, el regateo, el cálculo, el fatalismo, la práctica mágica, el clericalismo, etc. Jesús contradice nuestra propensión a movilizar a Dios en servicio nuestro. Mediante su enseñanza y en la relación vivida por El con su Padre, cambia por completo la imagen tan natural de un Dios que «se convertía en fiador de cierta manera de situarse con respecto a El, situación que no le permitía al hombre ser libre ni mantenerse en pie delante de Dios» (1). Si la vida entera de Jesús fue un grito de rebelión contra la imagen idolátrica de un dios que nos convierte en esclavos, nos parece que es también, y por el mismo hecho, un intento de acabar con todos los ídolos del mundo: estigmatiza la alienante dictadura del tener, del saber y del poder, el culto al dinero, a la riqueza y al lujo, la pretensión totalitaria de la ciencia, el espíritu de dominación, el racismo, la explotación del prójimo, la injusticia, el culto servil al «jefe», etc.

Del mesianismo temporal y del espiritualismo deshumanizado. Tal es la doble tentación a que nos exponen nuestra situación en el mundo y la expectativa de nuestras fantasías de salvación no pasadas por la crítica. Jesús nos invita a criticar tanto la fantasía de una salvación de tipo activista que colmara nuestras necesidades temporales, como el escepticismo espiritualista de una salvación contemplada y esperada en los espacios etéreos de un cielo puramente transhistórico.

Ya hemos dejado apuntado cómo Jesús nos aparta del mesianismo temporal. Hagamos notar aquí que se trataba de una liberación, en el sentido en que un mesianismo así nos inclina siempre a postrarnos ante Dios como esclavos, en lugar de mantenernos en pie como hijos.

Mucho antes que Karl Marx denuncia Jesús el opio mesiánico que consiste en remitirnos pasivamente a Dios, abdicando de las libres responsabilidades de nuestras luchas y empresas.

Esto no quiere decir que Jesús nos remita a un Reino puramente espiritual e interior, cuyos elegidos alimenten un escepticismo despectivo con respecto a las tareas de liberación y promoción temporales. Sutil tentación ante la que iban a sucumbir ciertos tesalonicenses ociosos a los que San Pablo no dejará de reprender severamente (Cf. 2 Ts 3, 10-12); lo mismo les pasó a aquellos corintios un tanto exaltados y muy dados a cierto fervor carismático, a quienes la libertad espiritual servía de pretexto para la relajación moral (Cf. I Co 5, 6). Sabemos que hoy, en nombre de la escatología, es posible avenirse a las injusticias sociales y evadirse de la historia. Pues bien, Jesús no nos libera de las cargas que lleva consigo el «vivir juntos». La historia es seria, y Jesús se arriesgó en ella. Se alzó contra la disociación entre la relación con el prójimo y la relación con Dios: este es el sentido del doble y único mandamiento del amor.

De la raíz interior del mal.

Jesús nos libera de nuestros cautiverios interiores, a los que acabamos acostumbrándonos hasta el punto de llegar a tomarles apego. Sabemos que en Jesús, un hombre de nuestra raza fue perfectamente libre con una libertad radical. Al descubrirnoslos, El nos libera de esos cautiverios interiores llamados ceguera espiritual, sordera a la palabra de Dios, repliegue sobre sí mismo, egoísmo, ilusiones de nuestras fantasías, estrechez de nuestros espíritus, prejuicios: todo ello son mascarillas a las que acabamos pareciéndonos de tanto como moldean nuestro rostro.

Jesús hace saltar las cadenas de la lógica del mal y rompe la «espiral de la violencia», de que habla Helder Cámara. ¿Cómo lo hace? Por medio del perdón, que no es repulsa ni indiferencia hacia los conflictos inevitables, sino negativa a entrar en la lógica del adversario y en el engranaje de la venganza. Su no violencia y su perdón no son sometimiento al mal, sino fuerza que vence al mal en su raíz. En Jesús la humanidad ve abrirse un porvenir para todas las fuerzas de liberación y de bien que están represadas.

¿Y la liberación temporal? Todas las liberaciones de que acabamos de hablar constituyen el fermento explosivo de las liberaciones de orden corporal, social, económico y político. Jesús no enseña ninguna teoría ni propone técnica alguna en estos campos; les deja en nuestras manos de hombres libres y les arranca de toda sacralización alienante para nuestras responsabilidades. Sin dictar soluciones políticas o sociales, Cristo desmitifica el poder divinizado, proponiendo una concepción novísima y revolucionaria de la autoridad-servicio. La liberación por El anunciada -liberación del falso dios y de todos los ídolos...- tiene que repercutir incluso en el plano de nuestras relaciones con lo que llamamos «la naturaleza». El fatalismo resignado deja de ser virtud. El sentido profético de los milagros del Evangelio es que esta naturaleza no debe ser contemplada ya como un espectáculo tabú; está desacralizada, desdivinizada y destinada a ser transformada, sin miedo alguno, en beneficio del hombre y para gloria de Dios. El hombre que cree en la salvación de Jesucristo, se considera libre con respecto a los «elementos del mundo», dirá san Pablo.

Jesús «comprometió» al hombre Muy bien, se pensará; pero en lo que se refiere a todas las liberaciones y a esta salvación plenamente humana, Jesús no ha hecho otra cosa que hablar y dar un maravilloso ejemplo... ¿Qué cambio implica esto para nosotros, que vivimos en estos finales del siglo XX?

El cambio implicado es algo absolutamente decisivo. Cristo no nos supe en el marco de una operación de estilo mercantil o jurídico. La relación que mantenemos con El es de distinto orden. Para entenderlo, hay que admitir la encarnación con todo su realismo, y hace falta reflexionar sobre la solidaridad ontológica que une a todos los hombres entre sí: en Jesús, la humanidad ha quedado fundamentalmente «comprometida», ha entrado por otro camino, se le abre otro porvenir.

SOLIDARIDAD: La Biblia no considera a los hombres como individuos aislados unos de otros, sino como un tejido de personas unidas entre si para bien o para mal. La moderna antropología coincide con esta visión bíblica, poniendo de relieve la profunda solidaridad que une a todos los hombres, solidaridad «ontológica», en cierto modo anterior al influjo ejercido en el orden de la ejemplaridad moral.

La encíclica de Juan Pablo II «El Redentor del hombre» está compuesta precisamente en torno a una cita del Vaticano II que usa frecuentemente: «El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre (Gaudium et Spes, n.º 22). Así, pues, todos los hombres, pasados, presentes y por venir, son solidarios con lo que hizo uno de ellos, Jesús de Nazaret, y están comprometidos por El. De ahí en adelante, la situación de la humanidad y del mundo ya no es la que era. En este Jesús, que es Hijo de Dios y hombre de pleno derecho, la enfermedad, el odio, el egoísmo y la

muerte están vencidos efectivamente y para siempre. A esta victoria liberadora le resta manifestarse con toda claridad, fructificando a lo largo de la historia. A nosotros, entrar libremente por estos caminos abiertos para lo sucesivo. Insistiremos en este punto.

Acabamos de someter a prueba nuestros sueños y proyectos humanos de salvación. Para finalizar y resumir estas «reflexiones críticas», permítasenos citar con alguna extensión a Jean Le Dou:

«El tema de la salvación anunciada por Jesucristo encontró y encuentra siempre la masa rebotante con los ensueños humanos, utopías y aspiraciones de todos. De tal manera que cada uno de nosotros corre el riesgo de introducir, bajo las palabras del anuncio evangélico, el cúmulo de sus propias fantasías, y de conservar así sus propios sueños ilusorios amparándolos con la garantía de la palabra de Jesús. Así, cuando un grupo de cristianos se reúne y se pregunta sobre este tema, la discusión que de allí brota deja ver claramente que cada cual se pinta un cuadro muy completo y muy satisfactorio, para él, de lo que se le promete en concepto de salvación, en este mundo o en el otro; entonces, Jesús ya no es más que el que autoriza y declara válidos todos los sueños de porvenir que cada cual se ha forjado ya por sí mismo, según sea más o menos sensible a tal o cual corriente cultural. Es como si el anuncio evangélico de la salvación dejara de tener contenido propio: la Resurrección de Jesucristo sería el sello de garantía colocado en la carta de los grandes deseos humanos.

Pero no puede ser así, pues no todos los deseos humanos son como para que se los coloque en el mismo plano, ni todas las utopías son de la misma índole, y muchos sueños no son más que espejismos. El Evangelio no autoriza a dar rienda suelta a nuestros sueños; el mensaje de salvación lleva consigo inevitablemente una crítica de esos mecanismos por los que el hombre se persuade de que existe un «en otra parte» satisfactorio, cuando el «aquí» se ha hecho demasiado difícil de vivir; o de que existe un «después», cuando el «ahora» resulta insoportable.

Sería vano dar por supuesto que no se debe producir esta alquimia de promesas divinas y esperanzas del hombre. Si la esperanza de la salvación afecta al hombre, le afecta en lo que constituye el humus de sus sueños y aspiraciones. Esto resulta evidente cuando se ve al pueblo de la Biblia mezclar inextricablemente sus apetencias políticas y territoriales con las promesas de que es depositario privilegiado. A la larga, sin embargo, se abre paso en él una crítica que ya no permite tomar como promesa del Señor cualquiera de sus ambiciones o ilusiones. Hacerse creyente hoy, no es simplemente recibir con sumisión el lenguaje depurado que la lucha de todo un pueblo nos legó al término de su aventura sagrada. Hoy, hacerse creyente es volver a andar por propia cuenta aquel mismo camino, es volver a escribir la Escritura» (51).

VINCENT AYEL ¿QUÉ SIGNIFICA SALVACION CRISTIANA? SAL TERRAE Col. ALCANCE, 15 SANTANDER-1980. Págs. 105-111.

Notas:

1) Ibid., Le salut chrétien comme libération, en «Cahiers Evangile», número 7, p. 16.

ESPERANZAS HUMANAS Y SALVACIÓN EN JC

8.-Ni separación ni confusión entre esperanzas humanas y salvación en Jesucristo. Hacerse creyente -como hacerse adulto- es un itinerario siempre inacabado. Decir que consiste en repetir por cuenta propia el movimiento de la Escritura, es aún demasiado poco, pues se trata también de hacer suya la Tradición de la Iglesia, de renacer constantemente el difícil camino por el que ella intentó y sigue intentando todavía, tomar mejor conciencia de su fe y expresarla. Pienso en la etapa de ese camino que fue el Concilio de Calcedonia, en el año 451, en el que se quiso definir solemnemente la fe cristiana acerca de las dos naturalezas de Cristo y de la unión de ambas en una sola Persona. La fórmula adoptada entonces para señalar el movimiento de la fe en Cristo, plenamente hombre y plenamente Dios, decía que ambas naturalezas habían de ser reconocidas, «sin confusión, sin división, sin separación» (1). ¿No podría adoptarse esta fórmula, a modo de punto de apoyo, en la discusión del creyente sobre las naturalezas «espiritual» y «temporal» de la salvación adquirida por Cristo? El hecho de que la realidad de esta salvación depende de la verdad de la encarnación del Verbo, nos autoriza sin duda a justificar ese préstamo del vocabulario, por razones más profundas y sólidas que las meras conveniencias de un paralelismo externo y artificial.

Una primera aproximación al misterio -recordaremos en primer lugar- consiste en afirmar que hay una estrecha unión entre nuestras experiencias y luchas en favor del hombre, por una parte, y la salvación en Jesucristo, por otra; y que los proyectos de liberación y desarrollo llevados a cabo por los hombres, no son ajenos a la salvación otorgada por Jesucristo. Pero pronto aparece la dificultad que existe para aclarar y formular esta unión. Ya veremos en qué quedan algunos de estos intentos de formulación.

Ante las limitaciones y la insatisfacción en que tales intentos nos colocan, ¿podremos anticipar otros cuadros de pensamiento que permitan reflexionar y formular hoy la fe permanente de la Iglesia? Lo intentaremos.

Finalmente volveremos, sin insistencias inútiles, a lo que, entonces, se nos muestre claramente como malentendidos tan superficiales como nefastos.

Las esperanzas humanas y la salvación en Jesucristo están estrechamente unidas

EP-HUMANAS/SV CSO/SALVACION liberación de las personas y pueblos oprimidos, promoción humana mediante la alfabetización, la acción sanitaria, social, económica o política, desarrollo de los pueblos del Tercer Mundo, etc..., todas estas cosas tienen una relación positiva con la salvación alcanzada en Jesucristo. Ya no podemos darnos por satisfechos con la ilusión individualista y espiritualista según la cual la salvación afectaría sólo a las almas o a una vida eterna concebida únicamente como un «después», como una contravida, un contramundo, un «en otra parte»...

Acabamos de ver que Jesús dice al ciego de Jericó o a la mujer enferma: «tu fe te ha salvado» (Mc 10, 62; 5, 34). «Salvado» quiere decir, entonces, tanto vuelto al estado de salud como convertido interiormente. El caso de la curación del paralítico (Mc 2, 3-12) es especialmente instructivo en cuanto a esta coincidencia. Según el Evangelio, la salvación traída por Jesús va dirigida a todo el hombre: purifica los corazones y sana los cuerpos. Es una salvación que libera de las ataduras de «Satanás»: según la creencia popular de aquella época, muchas enfermedades se atribuían al influjo de los «malos espíritus», de los «demonios» (véanse, por ejemplo, las escenas de expulsión de los demonios, al principio de Marcos; o, en Lc 13, el caso de la mujer a la que tenía enferma un espíritu...).

¿Qué significa todo esto? Que la salvación nos alcanza y se nos da a conocer como una realidad «dada» y como «proyecto», en el corazón de la historia, de nuestra experiencia y de nuestras aspiraciones más humanas. Y los duros combates llevados adelante en favor del hombre -de lo que es verdaderamente el hombre- constituyen, según el Evangelio, otros tantos signos de esa salvación llegada ya y aún no del todo manifestada. Esto es cierto incluso en respecto a las acciones humanas realizadas en favor del hombre por quienes no reconocen, desde el primer momento, el rostro de Jesús en el prisionero, el sediento, el hambriento, el desarrapado, el privado de libertad, de amor y de relación (Cf. Mt 25, 34-36).

Esta noción de «signo» es muy importante. No se debe confundir el signo con la realidad por él significada; pero si se pretendiera ahorrar signos en la existencia concreta, se caería en una evasión y se faltaría a una de las leyes fundamentales, tanto dentro de la antropología como de la historia de la salvación. Y los signos dejarían de serlo, si no fueran vehículo de alguna realidad más allá de su materialidad, o dicho de otro modo, si se pretendiera reducir la realidad a la función de puro signo. El signo no puede ser ajeno a la realidad y viceversa. El problema está en no cerrarse sobre el puro signo, lo que desembocaría en lo que hoy se llama, a veces, el «horizontalismo»; ni tampoco en la pura realidad, lo cual sería el verticalismo de la evasión pietista. El discípulo, que no es mayor que su Maestro, no se libraría de esta especie de crucifixión.

La encíclica de Juan Pablo II ya mencionada, consagra vigorosamente la superación de la oposición entre verticalismo y horizontalismo. Insiste ampliamente en la misión de la Iglesia, que incluye la preocupación por el hombre en todas sus dimensiones: «encuentra el principio de esta solicitud, en Jesucristo mismo, según atestiguan los Evangelios». Así, pues, la preocupación por la salvación no debe desviarnos de las tareas de la historia.

Puede haber una manera sospechosa de invocar la «gracia», como si su eficacia viniera simplemente a añadirse a la de nuestros esfuerzos, como si hiciera número con nuestros proyectos humanos. No se puede confinar a la gracia en el campo puramente espiritual: eso sería una equivocación incompatible con el cristianismo. En efecto, es el hombre en su totalidad el que se encuentra invadido por la gracia y el que se convierte en manifestación de la gracia; «todo el hombre y también, toda la humanidad dichosa colocada corporalmente en presencia del ser corporal de Cristo» (2).

Si partimos del único mandamiento evangélico, que es el amor, llegamos a la misma conclusión. Según la Buena Noticia, el amor a Dios se vive en el amor a los hombres, cualesquiera que sean. Este amor exige que se le aplique concretamente y, por lo tanto, que se trabaje para que el hombre pueda vivir como hombre, es decir, que tenga pan, dignidad, amistad, libertad, etc. Ahora bien, la práctica de este amor al prójimo no se realiza sólo en lo que se llama relaciones momentáneas (como, por ejemplo, el favor prestado, la visita a quien está aislado, la sonrisa al desalentado...), sino que se despliega igualmente y con creciente amplitud en las relaciones prolongadas (como son la intervención en las estructuras y en los dinamismos sociales, en las instituciones); abarca la dimensión política y la económica.

En Cristo, clave de bóveda de Dios creador y salvador, no hay dos historias: una historia «santa» -que sería la única «historia de la salvación- y otra profana. Hay una sola historia, la historia de la humanidad hacia una mayor libertad, una mayor justicia, un mayor amor y una mayor humanidad. El Reino de Dios es la realización de esta historia, de la esperanza humana en la felicidad y de la verdadera identidad. Por consiguiente, el lugar de la esperanza del Reino es la adopción actual de partido, en la sociedad y en la historia, a favor de un mundo más humano de justicia, de verdad, y de paz. Ahora bien, justicia, verdad, paz, etc., no son conceptos generales: son realidades concretas que piden una transformación de la sociedad, unas relaciones sociales y, consiguientemente, una acción. Entre los hombres, estas realidades sólo pueden ser fruto de una lenta y valerosa conquista, de una lucha. Hablar de la justicia de Dios y de la libertad que Cristo nos adquirió, es un lenguaje desposeído de todo sentido y de todo

contenido, si no va estrechamente unido a la experiencia de la libertad y de la justicia que actualmente se hacen entre los hombres» (3).

Pero esta unión es difícil de clarificar, de expresar y de ser vivida

La última cita que acaba de leerse muestra bien esta dificultad con que se tropieza al intentar decir en qué consiste la unión entre la salvación cristiana y la búsqueda de éxito humano. ¿Es suficiente y no ambiguo, para superar la mera afirmación de su existencia, ver en el Reino de Dios la realización de la esperanza humana de la felicidad? ¿Se trata de puro y simple desarrollo del hombre y del mundo tal y como nos los podemos imaginar? ¿Conocemos la esperanza humana en sus últimas profundidades y lo que debería y podría ser, en último término, un «mundo más humano»? Lo que está en juego en la Pascua de Cristo, ¿es sólo la humanización del mundo según la medida de nuestras ambiciones y de nuestros sueños? Este misterio marcha de maravilla en nuestra historia, pero las dos maneras de acabar con él serían o expulsarlo de ella o, al revés, reducirlo a lo que humanamente conocemos de las dimensiones de esta historia.

Consideremos algunos de los intentos en curso en orden a resolver estas dificultades. Y preguntémosnos si tales intentos son plenamente satisfactorios.

Ni mera continuidad, ni mera ruptura.

Con razón hay que resistir a las dos tentaciones opuestas: o calumniar las obras del hombre o idolatrar la historia que éste va tejiendo. Y, por lo tanto, habrá que decir: por lo que se refiere a las acciones humanas de liberación y de promoción, la salvación en Cristo es, a un mismo tiempo, consumación y ruptura, continuidad y discontinuidad. Evidentemente, esta paradoja es difícil de entender y, sobretudo, de vivir. La salvación en Jesucristo se inserta en la expectativa humana; pero no se reduce a ella; tal reducción de la salvación en Cristo sacralizaría la expectativa humana, desposeyéndola así de su secularidad; ni tampoco la suple, lo que equivaldría a invalidarla y a negar su consistencia y su autonomía propias. Alain Birou aventura la comparación siguiente: «La irrupción del amor de la prometida en el corazón del joven no altera en modo alguno las cargas y obligaciones de su vida cotidiana; sin embargo, secretamente la ilumina y transforma por completo».

No hay pura y simple continuidad, homogeneidad, armonía preestablecida entre las acciones de desarrollo y de liberación, dirigidas por el hombre, y la salvación cristiana; entre progreso social y Reino de Dios. Pero tampoco hay ruptura, discontinuidad absoluta, oposición sistemática.

Con eso ya afirmamos mucho... No obstante, en realidad se trata de fórmulas negativas, que excluyen algunas proposiciones; pero todavía no son afirmaciones positivas.

Salvación «en» la historia y no «por» la historia.

Partiendo de la categoría de historia, puede abrirse una perspectiva quizás interesante. Se dirá, y con razón, que la salvación cristiana no se verifica fuera de la historia por los hombres con sus luchas, sus expectativas, sus trabajos y sus azares. Esta historia es verdaderamente el lugar donde esa salvación se despliega progresivamente, y no siempre de forma evidente. Añadiremos -por una justa preocupación de respetar la gratuidad de la salvación- que esta última, si bien tiene lugar en la historia, no es causada por la historia ni por los esfuerzos humanos desarrollados en ella. Si el mundo y la historia constituyen el lugar de la Pascua, es la Pascua (cruz y resurrección) la que produce la salvación. Y. la historia, donde brotan mezclados la buena semilla y la cizaña, el último día será juzgada, cribada y transfigurada. El orden del Reino de Dios no es mera prolongación del de la nueva sociedad, ni fruto natural de la dinámica del progreso.

La afirmación, muy importante y cargada de consecuencias prácticas según la cual la historia -con la vida social y las empresas del hombre- es el lugar de la salvación, no nos permite todavía conceptuar el contenido de esta salvación: identificamos el continente que es la historia, y éste se mantiene a pesar de todo en una especie de exterioridad con respecto a la salvación, a la que se limita a contener.

Irradiación de la salvación espiritual sobre las realidades externas.

Tendremos que decir además: la salvación de Jesucristo alcanza a lo más interior y germinal que hay en la persona, sanándonos del pecado y transformando nuestros corazones. A partir de esta conversión espiritual de la persona, la salvación va a hacer que su influjo benéfico repercuta en los cuerpos, en el mundo material, en las estructuras de la sociedad y en todas las realidades políticas y económicas de la historia. Así es como un autor ya citado subraya que la resurrección de Cristo «no es sólo un anuncio en la vida eclesial, aunque se mejore su expresión y su forma, sino el tejido mismo de una historia en la que, en el tiempo de la paciencia de Dios, con frecuencia en el trabajo y de noche y a veces también en esa tristeza de la que habla Hamlet ante las esperas de la esperanza, sigue adelante la obra de la gracia, es decir, el lento contagio del fermento pascual que primero alcanza a la persona, permitiéndole al fin virar de la animalidad hacia el hombre espiritual; después, y de un modo capilar pero inexorablemente, la transfiguración alcanza al primer círculo de nuestro entorno, a las zonas más remotas de los ambientes sociales y de los mecanismos profesionales y, por último, a los horizontes del mundo y a las fronteras de la historia»

Pero la mentalidad actual, ¿no se mostrará desconfiada, o cuando menos pensativa, ante el lenguaje de semejante esquema explicativo, aunque parezca satisfactorio a ciertos afortunados? En efecto, no hace falta ser marxista o marxistizante, para constatar que la relación del influjo persona-institución no funciona únicamente en el sentido que va de la persona hacia la transformación institucional. Hoy sabemos perfectamente que la interioridad personal se encuentra ampliamente influenciada por el mundo exterior y por las estructuras sociales en cuanto a sus representaciones mentales, aspiraciones, valores y vicios. Y esto sigue siendo cierto incluso si se añade que las estructuras y el mundo material pueden ser modificados por la persona. Además, esa energía de salvación que ejerce su contagio y se irradia sobre el mundo exterior y sobre la historia, ¿lo hace partiendo de una vida eclesial concebida meramente como un islote interior a ellos? ¿Es suficiente representarse la realidad de la Iglesia portadora de la salvación de Jesucristo como incluida en la realidad del mundo y de la historia? Esta realidad de la salvación en acción, ¿no sobrepasa la asamblea eclesial visible, y no podría decirse que más bien es ella la que comprende y engloba el mundo y la historia? Corremos el riesgo de quedar apresados en el esquema de exterioridad.

Liberación humana, mediación de la salvación

¿Salvación recibida de lo alto, o salvación conquistada por nuestros afanes? ¿Mejoramiento social, liberación y desarrollo serían los nuevos nombres de la salvación? A estas preguntas, el cristiano que desea estar prevenido contra las ingenuidades demasiado fáciles, acaso responda con el siguiente lenguaje: los afanes humanos orientados a organizar la vida social y a construir el mundo en un sentido cada vez más favorable al hombre, son «mediaciones» de la salvación traída por Cristo. El advenimiento del Reino pasa por el trabajo de liberación...

Este razonamiento no es falso... Pero a condición de que se marque bien la diferencia entre «mediación» y «medio»: ¡es tan fácil un desliz en el significado! Si el creyente considerara los trabajos humanos como una instrumentación y como un conjunto de medios por los que se alcanzara el Reino de Dios, sería víctima de un doble error. En primer lugar, dejaría de respetar la gratuidad de la salvación. Después, ignoraría la consistencia propia de lo temporal. Por otra parte, «este acuerdo necesario, esta armonía preestablecida entre el plan de Dios y el compromiso de la liberación, no señalan bastante (...) la unidad dialéctica de la mira del cristiano que tiene que ser, no

simultáneamente sino por un mismo hecho, el que recibe la salvación y el que la comunica a sus hermanos». No superamos aún la imagen de una coordinación extrínseca y de una remota convergencia final. A-DEO/A-H: No nos parece que esto encaje suficientemente con el principio joanneo de la unidad del amor, según el cual los compromisos concretos en favor del prójimo son el amor mismo que manifestamos a Dios, y no meras vías de acceso hacia El.

¿Ser cristiano es militar a favor de la liberación de los hombres?

La exigencia del amor que acabamos de recordar, da lugar a veces a las siguientes afirmaciones: lo esencial, para ser cristiano, es estar comprometido en una acción de liberación humana concreta; ¡en esto residen la identidad cristiana y la salvación!

«Esto puede entenderse correctamente -advierte Alain Birou- a condición de que no se haga de esta praxis histórica y política el sustitutivo de una liberación que no proviene de los hombres. Porque fuimos liberados por pura misericordia de Dios que nos dio «vida» en Cristo Jesús, en quien fuimos resucitados y colocados en el cielo».

MORALISMO-SOCIAL Es indiscutible -y olvidado con demasiada frecuencia en la práctica- que la fe en la salvación nos impone el deber de trabajar en todas las liberaciones auténticamente humanas. Pero ciertas declaraciones en favor de un cristianismo comprometido, ¿no tienen el peligro de volvernos al viejo error de los judaizantes, contra los que tanto tuvo que luchar san Pablo? «Habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es don de Dios, tampoco viene de las obras, para que nadie se gloríe» (/Ef/02/08-09). No es la «ley» la que nos justifica, decía Pablo; digamos hoy: no son la praxis, ni el compromiso social o político los que nos hacen cristianos. La fe es la única que justifica, aunque no se la puede considerar auténtica si faltan las obras. Fe y salvación son «trans-éticas». Un moralismo individualista ha venido desnaturalizando, durante demasiado tiempo, el anuncio de la salvación cristiana; no judaicemos ahora sustituyéndolo con un moralismo social.

VINCENT AYL ¿QUÉ SIGNIFICA SALVACION CRISTIANA? SAL TERRAE Col. ALCANCE, 15. SANTANDER-1980.Págs.111-124.

Notas:

1) Cf. el texto de Calcedonia en Enchiridion Symbolorum, Dz. nº 148. 2) Karl RAHNER y Herbert VORGRIMLER. Diccionario de teología; art. Cuerpo. 3) Ignace BERTEN. Jésus Christ et la libération des hommes. En «La foi et le temps». nov-dic. 1973, p. 604.

Hacia una expresión más satisfactoria

Sin rechazar pura y simplemente los precedentes intentos de aproximación, ¿son posibles otros más satisfactorios? Los que ahora se van a proponer, no aspiran en modo alguno a ser perfectos. Sería pretencioso creer que se «explica» enteramente la estrecha unión existente entre la salvación en Jesucristo y la acción de liberación y humanización llevada adelante por los hombres en la historia: ningún lenguaje podrá agotar ni contener en su ámbito el misterio de Dios en que estamos inmersos. Pero la inteligencia de la fe nunca está en paz con su obligación de intentar un lenguaje, y la Revelación nos impulsa a transmitir fielmente en cada época su lenguaje inmutable con términos nuevos... que se reconocen a sí mismos relativos. Así, pues, considero más acomodadas y menos impropias de la hora actual las categorías de pensamiento que voy a sugerir. Están tomadas de una antropología atenta, por una parte, a la bipolaridad de la persona y, por otra, al significado del cuerpo.

Unidad y bipolarización de la persona y de su salvación.

En Cristo, Dios nos justifica por amor gratuito sin que podamos pretender tener derecho a ello a partir de lo que somos, y sin que hayamos comprado esa salvación con nuestras obras meritorias. Afirmación ésta esencial del Nuevo Testamento, que ha de coordinarse con esta otra que fluye de la unidad del plan de Dios creador y salvador: la actuación de Dios que salva a la persona es coherente con la condición de ésta tal como el mismo Dios la crea. Una fenomenología de la existencia personal pone en evidencia que, en su unidad indisociable, la persona es a un mismo tiempo acogida y don, singularidad y participación, conciencia y materia cósmica. La salvación tiene en cuenta todos estos caracteres.

1) PERSONA/APERTURA: Quien dice «persona» dice apertura, capacidad para acoger lo que viene de otra parte... o de otro: la persona es receptividad. Recibimos nuestra existencia, nuestra dignidad, nuestra libertad y nuestra felicidad de la mano y de la atención de otro. «¿Qué sería de mi sin ti?», podemos cantar con el poeta Aragón en honor de cada uno de los que tenemos ante nosotros. Nadie es por sí mismo su propio origen.

Y, sin embargo, no soy un mero receptáculo pasivo y sin recursos. Quien dice «persona» dice actividad, capacidad de compromiso. La persona sólo se realiza en el don de sí misma. «Quien quiera salvar su vida, la perderá.»

A este primer aspecto de la bipolaridad de la persona corresponde el carácter, a la vez «recibido» y «obrado», de su salvación en Jesucristo. Salvación completamente recibida de sus manos y que, sin embargo, nos corresponde por obrar en total coherencia con las dos dimensiones de la persona. No se trata de dos salvaciones yuxtapuestas, más o menos concertadas a costa de una dosificación entre la parte que correspondería a Dios y la que correspondería al hombre. No somos meros beneficiarios o consumidores de la salvación; somos sus operantes, sin dejar de ser sus receptores.

Lo que recibimos gratuitamente es el poder ser sus operantes, la «capacidad de hacernos hijos de Dios», como dice la Escritura. O también, según la fórmula de Henri Holstein, «somos actuados por el Salvador para que actuemos como salvadores». Podemos y debemos ser liberadores por ser liberados -como somos y debemos ser «don» porque somos «acogida».

2) Quien dice «persona» evoca un centro inexpugnable de organización del universo, de decisión y de autonomía interior: la persona es singular. Todo menoscabo de esta originalidad se experimenta como una nivelación mortal. En este sentido, hay cierta soledad -no digo aislamiento- imposible de eliminar, en toda existencia verdaderamente personal. En definitiva, siempre estoy solo ante mis opciones; y, sea cual fuere la aportación de los consejos recibidos con anterioridad a mis decisiones, no puedo descargarme de mi responsabilidad en solitario. Pero esta singularidad, lejos de oponerse a la socialidad, la permite y la reclama. Nunca soy más yo mismo que cuando estoy en relación, en comunión con otros «yo». El «Yo» implica el «Nosotros», y al revés. Las conciencias son recíprocas; la persona siempre es plural y su existencia es colegial. La reclusión y el narcisismo matan la persona en lo que ésta tiene de más original. La apertura y el diálogo, la invocación y el amor dan testimonio de ella y proporcionan su expansión.

Estas observaciones nos brindan un instrumento para pensar y vivir una salvación que es personal -Dios no nos ama ni nos salva «a granel», sino que a cada uno nos llama por nuestro nombre particular- y que es, al mismo tiempo, social y comunitaria-no nos salvamos en solitario, sino con otros.

3) La persona es, al mismo tiempo, espiritual y carnal. En seguida tendré que volver sobre este aspecto de la persona encarnada, pues marca de un modo decisivo el tratamiento de nuestro problema. Por el momento, me limito a subrayar que, si somos conciencia, subjetividad e interioridad, el hecho de ser también corpóreos nos integra en el cosmos sin hundirnos en él. Somos inseparablemente sujetos y objetos. Por razón de nuestra espiritualidad, somos sujetos y emergemos del mundo de los objetos; pero esta ruptura de un umbral no es mera discontinuidad, pues nuestra corporeidad nos sitúa espacial e históricamente, y nos enlaza con el mundo mineral, vegetal y animal. Como declaraba el Vaticano II, «el hombre, por su misma condición corporal, es una síntesis del universo material, el cual alcanza por medio del hombre su más alta cima y alza su voz para la libre alabanza del Creador» (GS, 14-1).

Así, pues, la salvación que alcanza a la persona en su constitución de espíritu y de materia, tiene que ser salvación espiritual y, al mismo tiempo, cósmica. Si la vocación del hombre es humanizar la naturaleza inanimada, investirla de espíritu y hacer de ella «su cuerpo mayor», se comprende mejor el significado de la salvación que se junta con la humanidad en esta lenta conquista.

Alegato en favor del cuerpo del Reino.

La reflexión sobre el hombre, indivisiblemente cuerpo y espíritu, puede proporcionarnos un lenguaje particularmente interesante para evitar los atolladeros de ciertas separaciones o confusiones entre salvación y tareas humanas de ordenación terrena.

1) Afirmar que la persona es a la vez espiritual y corporal, no equivale a decir que tiene o que posee un espíritu y un cuerpo. En efecto, esta última forma de hablar se reduciría a colocar la existencia de la persona previamente y fuera de su espíritu o de su cuerpo, considerándose a éstos como objetos poseídos pero sin ser parte integrante del sujeto poseedor. Tratándose del hombre, tanto el cuerpo como el espíritu se inscriben en el registro del ser, no en el del tener. No tengo un cuerpo o un espíritu a la manera que tengo una casa o una máquina de escribir. Soy cuerpo y espíritu. El ser corporal que soy representa mucho más que un instrumento o un medio para las actividades de la persona, como si ésta pudiera ser anterior a la condición corporal, interviniendo esta última sólo en un segundo tiempo.

«Hablar del cuerpo es hablar del alma que lo informa. No imaginamos, en efecto, el cuerpo y el alma como dos cosas. Los concebimos como dos aspectos irreductibles, pero implicados el uno en el otro, de un único ser real que es el hombre (...). El alma y el cuerpo son un complejo de principios componentes que se dan juntos, aparecen juntos y, en cierto sentido, desaparecen juntos. El alma separada subsiste, desde luego; pero el espíritu humano en tanto es un alma en cuanto que hace subsistir y actuar a su cuerpo; al cesar esta función con la muerte, el espíritu no es ya un alma más que en capacidad y en deseo. Cuerpo y alma desaparecieron juntos: de manera que, una vez separado del alma, lo que llamamos cuerpo ya no es más que una apariencia y un recuerdo precario...» (1).

No nos dejemos embaucar por cierto lenguaje esencialista que define la dignidad del hombre por el pensamiento y la conciencia. En la condición humana, éstos dependen estrechamente, de hecho, de los sentidos y de la corporalidad. Dice bien Pascal, que «toda la dignidad del hombre consiste en el pensamiento» (Pensamiento 365), pero no tarda en añadir (Pensamiento 366) que nuestro espíritu «no es tan independiente que no esté sujeto a verse perturbado por el primer ruido que se produzca en su alrededor... Basta para ello el ruido de una veleta o de una polea. No os extrañe que no razone bien en este momento: está zumbando una mosca junto a su oído...» Si nos colocamos en el plano existencial, comprobamos que no hay pensamiento sin el concurso de todo el cuerpo.

«Cuando me siento, se sientan mis ideas» decía Montaigne. La dignidad del hombre concreto no está en que es un espíritu; reside en la unidad de su ser de espíritu encarnado, o de cuerpo animado. Y esta dignidad se siente gravemente lesionada con la reducción de lo que realmente soy en cualquiera de ambos aspectos.

«El hombre vive corporalmente su existencia (...). Esta relación permanece siempre ambigua, nunca uso únicamente de mi cuerpo como de una herramienta, puesto que, en el mismo momento en que me sirvo de él, estoy también siendo llevado por él tanto para obrar y manipular como para recibir y enfrentarme a las cosas. Ahí está el pudor, que viene a confirmar esta ambigüedad insuperable. Pues, si siento pudor, es porque al mismo tiempo me reconozco y no me reconozco en este cuerpo (...). Soy mi cuerpo; si no lo fuera, no me sonrojaría ante la mirada de otro (no tengo por qué sonrojarme de una cosa que me es ajena), pero me da miedo de no translucirme suficientemente a través de él, temo que no se lea suficientemente en él lo que en realidad soy. En una palabra, me asusta estar simplemente atrapado en él, atascado, convertirme sólo en carne» (2).

Recogiendo el vocabulario tomista, se dirá exactamente que el cuerpo es la expresión substancial del alma, y que sólo en él se realiza concretamente el alma. Cuanto más se realiza el alma, más corporalmente humano se hace el hombre y cuanto más responde el cuerpo humano a lo que en realidad es, más se realiza el alma: en efecto, el alma se realizará en la medida en que aumente la comunión interpersonal, y toda comunicación entre las personas se efectúa gracias a su dimensión corporal. El cuerpo es la persona manifestada, expuesta, vulnerable, abierta a la relación con el mundo y con lo otro.

Hay que decir, además, que el cuerpo es verdad interior de la persona y eficaz puesta en ejecución de su intención. De donde puede verse hasta qué punto el funcionamiento de los cuerpos, a sabiendas desconectado de los pensamientos y querer interiores, constituye una desviación y una decadencia contradictoria de la verdadera corporalidad humana. «A decir verdad -escribe Paul Ricoeur-, lo primero que mi cuerpo demuestra ser es una apertura a...». Apertura de la necesidad, apertura del sufrimiento y, en primer lugar, de la percepción. «Pero no es esto todo: mediante la expresión, mi cuerpo expone en el exterior lo que hay en el interior; igual que un signo para otro, mi cuerpo me hace descifrable y ofrecido a la mutualidad de las conciencias. Finalmente, mi cuerpo ofrece a mi querer un paquete de poderes y de saber-hacer ampliados por el aprendizaje de la costumbre y desconcertados por la emoción: ahora bien, esos poderes me hacen practicable el mundo, me abren a su carácter de utensilio por los agarraderos que me ofrecen sobre el mundo».

2) Quizás me pregunte aquí el lector por qué razón se le invita a esta reflexión antropológica sobre el cuerpo. No se trata en absoluto de un desarrollo parásito, sino del establecimiento de unas categorías resultantes de la experiencia cotidiana, con miras a pensar y a referir la relación existente entre la salvación en Jesucristo, por un lado, y las obras de promoción del hombre y de transformación del cosmos, por otro.

El Concilio Vaticano II, al exponer la fe de la Iglesia, no teme hablar de «ministerio» para designar la entrega «al servicio temporal de los hombres»; considera estos valores y estas empresas humanas como «el material del Reino de los cielos»; en ellos ve el Concilio «crecer el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo»; además, sigue diciendo, «los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad..., todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo... volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y transformados, cuando Cristo entregue al Padre «el Reino eterno y universal»... «El Reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección» (3).

Si a los valores humanos de felicidad, de liberación, de paz y de justicia, de exploración y de transformación del universo material al servicio del hombre, etc., se les

llama «cuerpo del Reino» «ya presente» en germen y en marcha hacia su perfección, de ello resulta una visión muy unitaria y, a la vez, exenta de confusionismo. Bástenos aplicar aquí, en el marco adecuado del lenguaje analógico, lo que se dijo a propósito de la persona y de su dimensión corporal. FE/COMPROMISO Es insuficiente decir que la salvación, que nos introduce en el Reino ya presente misteriosamente, tiene un cuerpo que estaría constituido por las transformaciones sociales y materiales, cuerpo que se poseería en exterioridad accidental con respecto a una salvación existente en sí e independientemente de su cuerpo. Los empeños en la economía y en la política, en la conquista científica o en la transformación de la naturaleza no son ajenos o exteriores a la salvación, como tampoco lo es el cuerpo con respecto a la persona. No son anteriores a él a modo de condiciones previas, ni meramente posteriores como efectos extrínsecos, apéndices supletorios o repercusiones subsiguientes. Son la salvación, manifestada en la historia, como el cuerpo es la persona visibilizada, entregada y expuesta. Sin cuerpo, no hay salvación ni hay Reino. Hablar de desarrollo integral de los pueblos o de auténtica liberación de las clases sociales, es hablar de la salvación querida por Dios en Jesús. Como lo hacía notar Jean Moussé, para demasiados teólogos, «vivir de Dios era asunto 'interno', 'espiritual', 'personal', 'intemporal'. Todavía hoy, el medio eclesiástico, formado más en los estudios clásicos que en el manejo de las técnicas, concibe mal que la relación con Dios pase por el hormigón, la electrónica, la organización del trabajo, la política de las rentas, las confrontaciones de grupos y de clases, la organización del sistema monetario internacional. El mundo, del que habla mucho, se reduce a las 'almas' de mejor gana denominadas 'personas'. Pero se olvida que esas personas pierden su consistencia fuera de sus relaciones recíprocas y de sus respectivos cuerpos, a los que prolongan las oficinas, las obras, los almacenes, los talleres, que toma la forma de las ciudades, de los aeropuertos y de las autopistas».

A propósito del cuerpo y de su unión íntima con la persona, hemos hablado del significado del pudor. ¿No es conveniente aplicar analógicamente aquellas observaciones a lo que el Vaticano II llamaba el «cuerpo» de la salvación? Lo mismo que la persona no se avergüenza del cuerpo que ella es -eso sería mojigatería- pero se niega a que se la reduzca a lo que su corporalidad transluce de ella misma siempre inadecuadamente -tal es el sentido de la protesta del pudor-, habría también una especie de impudor si se creyese que la realidad profunda de la salvación se agota en su manifestación «corporal», siempre aproximativa y ambigua, y en las realizaciones de orden temporal. La salvación es infinitamente más que su «cuerpo», y, sin embargo, no puede existir fuera e independientemente de su condición encarnada. La reducción impúdica es desconocimiento y menosprecio de la salvación misma tanto como de su cuerpo histórico, social y político.

Así, pues, la liberación en Jesucristo no podría derivarse de lo que los hombres emprenden esperando ser libres y vivir mejor, aunque ha de manifestarse en y por la manera visible en que los que han sido salvados se comprometen en esos trabajos de su historia. ¿No es eso, entonces, disminuir nuevamente la importancia de la liberación temporal y de los trabajos terrenos en favor de su felicidad humana? ¿Sería su único interés el no ser más que signos, siendo otra cosa la realidad sería respecto de la cual la liberación temporal seguiría siendo exterior, «simbólica» en un sentido más o menos desvalorizado y peyorativo, útil a lo más para designar remotamente y dar a entender lo único que importa? En último término ¿no podría eliminarse este soporte didáctico, puro medio provisional para anunciar la verdadera salvación? No, porque eso sería deteriorar el sentido de lo que el Vaticano II denominaba «el cuerpo» del Reino. El cuerpo es más que un medio para el alma, la única que importaría; es la persona en situación histórica y especial, en relación con el mundo y con otro. Así como el apretón de manos, la mirada, la sonrisa o la relación sexual no son sólo fenómenos mecánicos o fisiológicos, meros soportes y medios utilizados, sino realidades espirituales tanto como corporales, de igual modo las liberaciones temporales son fines, dentro de su propio orden, y pertenecen a la realidad de la salvación espiritual y corporal. No son una herramienta que permita salvar totalmente al hombre y al mundo; sino que constituyen la manifestación histórica de la

salvación, son cuerpo de la salvación que «manifiesta en el exterior lo que hay en su interior», por repetir analógicamente la fórmula de Ricoeur arriba citada.

SV/COMPROMISO::La salvación, decisivamente adquirida en Jesucristo, sólo se realiza y desarrolla en el cuerpo de los compromisos concretos en favor del hombre. Como el cuerpo lo es para la persona, esos compromisos son la verdad interior-no la causa eficiente ni la mera consecuencia-de la salvación, que los rebasa sin despreciarlos en modo alguno. La organización social más justa y la construcción de la ciudad de los hombres, son las «manos» de la salvación que la hacen descifrable y le ofrecen, por parte de la humanidad, ese «paquete de poderes» que ella no cesa de pedir y de fundamentar radicalmente; esos poderes son el elemento sensible y comunicable de la salvación. A este respecto, hay lugar para ser muy concretos y para rechazar la coartada de las fórmulas demasiado generales; a hacerlo así nos van a ayudar dos textos severos y vigorosos.

El primero de ellos corresponde también al Vaticano II, y de él se ha podido decir que, sin duda, representa los únicos anatemas formulados por este Concilio. Se ultraja la salvación traída por Jesucristo, cuando descuidamos el deber imperioso de hacernos prójimos de cualquier ser humano, «se trate de ese anciano abandonado por todos, o de ese trabajador extranjero despreciado sin razón, o de ese exiliado, o de ese niño nacido de una unión ilegítima..., o de ese hambriento que interpela a nuestra conciencia recordándonos la palabra del Señor: «Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a Mt me lo hicisteis» (/Mt/25/40) (...). Todo lo que constituye una violación de la integridad de la persona humana, como las mutilaciones, la tortura física o moral, las coacciones psicológicas; todo lo que ofende a la dignidad del hombre, como las condiciones de vida infrahumanas, los encarcelamientos arbitrarios, las deportaciones, la esclavitud, la prostitución, la trata de mujeres y de jóvenes; o también las condiciones de trabajo degradantes que reducen a los trabajadores a la condición de meros instrumentos de producción, sin consideración para con su personalidad libre y responsable: todas estas prácticas, y otras por el estilo, son verdaderamente infames» (4). ¡Abrumadora letanía! ¿Cómo no compararla con otra lista establecida hace algunos años sobre la base de un contexto geográficamente más cercano a nosotros?

«Problemas concretos que son otros tantos envites fundamentales para el hombre, y cuya urgencia se hace apremiante: la explotación de los trabajadores inmigrados, el saqueo del Tercer Mundo, el deshumanizante ciclo consumo-producción, el constante desmenzamiento de los trabajos y la aceleración de los ritmos, la especulación crediticia, la transformación de la economía en un fin por el beneficio o por el deseo de poder de oligarquías y naciones, la frecuente inhumanidad de la urbanización, el despojo de responsabilidades acarreado por el salariado, el desprecio a la vida humana en numerosos campos en los que se encuentra amenazada, la condición femenina, el puesto de los marginados y de las personas de edad, la relación entre clases de edades, una escuela que da preferencia a los modos clásicos de expresión y a los intereses de las clases sociales ya favorecidas, la carencia grave de promoción humana colectiva a causa de las estructuras económicas y políticas con peligro de mantener una mentalidad de socorridos, la fantástica desproporción de los gastos de armamento frente a la financiación de los organismos internacionales de lucha contra la miseria...»

No, no se ha sacado este último texto de algún manifiesto electoral de un candidato de la izquierda, ni tampoco procede de una oficina marxista. Está tomado del documento «Por una práctica cristiana de la política», promulgado por la Asamblea plenaria del episcopado francés, en Lourdes, el año 1972; en él, los obispos hacían un llamamiento a todos los cristianos, cualesquiera que fueran sus legítimas divergencias políticas, para que tuvieran encuentros sobre estos problemas concretos. Imaginarse que sin trabajar por la solución de estos problemas en el plano institucional se puede creer en la salvación en Jesucristo, sería tanto como desconocer esa salvación en su «corporalidad».

VINCENT AYEL ¿QUÉ SIGNIFICA SALVACION CRISTIANA? SAL TERRAE Col. ALCANCE, 15. SANTANDER-1980.Págs.124-139.

Notas:

1) Jean MOUROUX. Sens chrétien de l'homme. Edit. Aubier, 1953, p. 43-44. 2) François CHIRPAZ, Le corps. Edit. Presses Universitaires de France, 1963, p. 96. 3) Todas estas expresiones están sacadas de la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual: 38, 1; 39, 2 y 3. 4) Concilio Vaticano II. Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, número 27, 2 y 3; cf. número 29, 2.

ESPERANZAS HUMANAS Y SALVACIÓN EN JC

-Malentendidos que hay que identificar Acabamos de ver que el cuerpo no puede legítimamente aspirar a un separatismo que lo proscriba de la indisoluble unidad de la persona; por otro lado, ni el espíritu ni el cuerpo pueden sostener que cada cual por su parte totaliza la realidad personal: sería ésa una anexión indebida.

Este doble malentendido antropológico, vuelve a encontrarse a nivel de ciertas formas de entender y de vivir la fe en la salvación. En la existencia y en el pensamiento de cada cristiano y de la Iglesia, comprobamos los desgarramientos, o por lo menos las vivísimas tensiones, provocadas por este malentendido.

Tensiones y desgarramientos mejor o peor asumidos: se sale de ellos con mala fortuna, ya sea dejándose deslizar en uno o en otro sentido, por un compromiso cojitranco, o ya mediante una serie de cabriolas inseguras y oportunistas entre el separatismo y la anexión.

Los malentendidos del separatismo.

Dos fórmulas intencionadamente caricaturescas podrían señalar esta disyunción: las liberaciones humanas nada tienen que ver con la salvación en Jesucristo; la salvación en Jesucristo nada tiene que ver con las liberaciones humanas.

No se vaya a imaginar precipitadamente, que las únicas víctimas de este simplismo son algunos cristianos llamados «conservadores» o «tradicionalistas», puntillosos en lo tocante al carácter transcendental y sobrenatural del mensaje de salvación del Evangelio. Del lado de los que critican -con razones no peores- un cristianismo calafateado con la práctica cultural, los buenos sentimientos y las ineficaces buenas palabras, ¿no podría, a veces, encontrarse oculto idéntico malentendido? Para algunos de ellos, en efecto, solamente habría posibilidad o derecho para hablar de salvación en Jesucristo, después de haber asegurado la liberación de todos los hombres en el campo político y económico.

Otra versión de este razonamiento: mientras haya cristianos explotadores y explotados, no puedo celebrar la eucaristía... Esta afirmación equivale a decir que para ser dignos y capaces de anunciar y celebrar a Jesucristo, primero hay que esperar a que se produzca la revolución, a que los hombres se reconcilien humanamente y sean fraternales, iguales y justos.

Pero, entonces, Cristo debería haber empezado por sumarse a los zelotes que oponían resistencia al ejército de ocupación romana, por hacer con ellos la guerrilla y luego, tras la victoria política, anunciar otra salvación y otro Reino... que no hubiera estado «en medio de nosotros», y que fuera completamente extraño a este mundo. Ahora bien, Jesús, sin pronunciarse contra la estrategia zelote y sin declararse a favor de la colaboración con el ocupante, no fue un mesías-guerrillero; y claramente se negó a convertirse en el rey de un contrapoder, como algunos seguidores entusiasmados le incitaban a ser. Jesús quiere manifestar que el hombre, en sus profundidades, siempre vale infinitamente más que sus más ardorosos combates, por muy justificables que éstos sean, que en nosotros hay algo más fundamental, una vida que para germinar y crecer no puede aguardar a que caigan el Imperio Romano y los poderes opresivos. Esta vida va a poder expresarse ya, desde ahora, a través de las luchas humanas por la justicia, sin esperar a que desaparezcan el capitalismo o la hegemonía de los países desarrollados. Estamos, por lo tanto, en las antípodas del «separatismo»: la salvación en Jesucristo no es otra salvación, no es una salvación sólo para después. Lo cual no condena en bloque todas las opciones de los «zelotes cristianos», pero deshace precisamente el

malentendido que les haría ver en sus proyectos una mera cuestión previa a una salvación disociada que admite espera.

Los malentendidos de la anexión.

Aquí, el mundo profano y sus tareas humanas absorben y disuelven la realidad del Reino de Dios: tal es al menos la primera forma del anexionismo. So pretexto de librarse del malentendido de la separación, se equipara el crecimiento de la salvación a los progresos de orden terreno, cosa que hace pensar en la reducción de la persona exclusivamente a su cuerpo: ahora bien, sabemos sin embargo, que un cuerpo espléndido o una musculatura atlética no van automáticamente parejos con la valía y el desarrollo de la persona. Esta anexión del Reino por el mundo profano es una forma de secularismo, del que más arriba apuntamos que negaba la verdadera y legítima secularidad de las tareas terrenas puesto que tendía indebidamente a sacralizarlas erigiéndolas en absolutas.

Y he aquí el malentendido contrario y gemelo suyo: la anexión de la historia profana por el Reino de Dios. La consistencia de las realidades políticas, económicas y técnicas se echa a perder entonces, y se diluye en la visión de una salvación sobrenatural y de su Reino. Esta inclusión de lo «sobrenatural», esta menospreciativa sumersión de las tareas históricas del hombre en una salvación intemporal, se ha aliado con las distintas formas de teocracia y de clericalismo.

Denominador común de todos estos malentendidos.

En todos estos desaciertos, se trata de una tendencia reductora: reducción de la salvación a nuestros trabajos y combates terrenos, o reducción de la salvación a una mediocre espiritualidad de la conversión intimista. En numerosos casos se comprueba la oportunidad de la zumba de Serge Bonnet, autor del folleto titulado «Cada uno por un lado»: «Ayer, su reducción del mundo a lo religioso era odiosa. Se creen que han cambiado, por el celo que ahora ponen en reducirlo a lo económico y a lo político». ¿Sorprenderé al preguntarme si los partidarios de estas confusiones, aparentemente contrarias, no pecan de un modo semejante por colusión con el poder? Nuestros cristianos tradicionalistas que consideran una liquidación del mensaje de salvación el urgir sus incidencias sociales, son sospechosos de complicidad con las distintas formas del poder político o económico actualmente establecido. Sus adversarios corren asimismo el riesgo de merecer el reproche de colusión con los contrapoderes, organizados o informales, del proyecto revolucionario. Idéntica amalgama político- religiosa vuelve a encontrarse en los sacerdotes o religiosos metidos en partidos, en los prelados políticos o los papas militares, por un lado, y por otro, en los actuales instigadores de un neoclericalismo de izquierda. Por lo demás, los que siempre lucharon contra las ingerencias de la Iglesia no se equivocan en eso, y uno de ellos podía escribir en un periódico muy serio: «se necesita una ceguera singular para no advertir, detrás de las vehemencias de los sacerdotes extremistas, el viejo instinto dominador de la Iglesia» (1).

Finalmente, puede señalarse una falta de vigor, una debilidad e incluso una impotencia intelectual por ambas partes; las agitaciones y excitaciones gesticulantes no deben engañarnos al respecto. Impotencia para sujetar los dos extremos de la cadena, para abarcar con una misma afirmación las dos líneas, «vertical» y «horizontal», de la salvación cristiana. Se necesita cierta robustez de espíritu para sostener a la vez estas dos aserciones estrechamente complementarias:

-Jesús nos salva abriéndonos al verdadero Dios mediante su proceder de hijo; destruye nuestras imágenes erróneas de un Dios lejano, enigmático y opresivo. No son nuestras empresas humanas las que salvan la humanidad.

-El hombre Jesús de Nazaret resucitado hace surgir y existir una humanidad nueva, libre, reintegrada al fin a su verdadero rostro. Esta humanidad, de la que El es el prototipo, ha de constituirse en el tiempo con nuestros esfuerzos y luchas a los que su gracia suscita y fecunda desde dentro. Consiguientemente, nunca se celebrará demasiado el valor de la historia y la importancia de los trabajos humanos de liberación.

Por más que estas dos afirmaciones puedan parecerse contrarias -en realidad son interdependientes- el recuerdo de la advertencia pascaliana se impone por su actualidad y por su peso de imperecedero sentido común: «Si alguna vez hay un tiempo en el que se debe hacer profesión de los dos contrarios, ese tiempo es cuando se reprocha la omisión de uno de ellos» (2).

VINCENT AYEL ¿QUÉ SIGNIFICA SALVACION CRISTIANA? SAL TERRAE Col. ALCANCE, 15. SANTANDER-1980.Págs. 139-145.

Notas:

1) Gilbert COMTE. En «Le Monde» del 13 de julio de 1971. 2) Blaise PASCAL. Pensamientos, nº 865.

9.-Fecundidad de la mutua interpelación en el seno de un diálogo continuo La fe en la salvación que sólo viene de Cristo, previene los avances inciertos y arduos de las conquistas de liberación y de desarrollo emprendidas por el hombre, contra los estimulantes de la ilusión lo mismo que contra la resignación desmovilizadora. Recíprocamente, los planes del hombre en lucha contra las injusticias y las alienaciones de todas las clases deben garantizar nuestras representaciones de la salvación contra irrealismos demasiado cómodos. Este intercambio de servicios requiere que se entable y desarrolle un diálogo, que se acepte plenamente una mutua interpelación dentro de una vigilancia respetuosa y sin brecha. Y, el primer lugar de este diálogo verificador ha de ser el corazón de cada creyente.

Las esperanzas humanas preguntan a la salvación cristiana

El creyente y las Iglesias advierten una permanente interpelación en la justa y urgente preocupación por liberar a los oprimidos y por construir un mundo más humano, y en la rabiosa esperanza de alcanzarlo mediante las búsquedas y las energías concertadas en el plano político nacional y mundial.

El escollo del pesimismo jansenizante.

Esa interpelación debe apartarnos de un pesimismo jansenizante en nuestro modo de considerar el hombre y el mundo. Ciertamente, el pecado causa estragos en todos nosotros, sin excepción, y de él sólo nos libera Cristo. ¿Por qué empeñarse, entonces, en sacar de ahí una justificación de esa triste insistencia sobre la miseria del hombre y sobre su incapacidad para hacer algo que sea válido? Para el creyente, no se trata de negar los hechos: los esfuerzos humanos chocan con fracasos, hay matanzas y represalias... Pero los hombres, alentados por la esperanza de la libertad y de la felicidad en esta vida, merecen algo mejor que la utilización de sus decepciones por una apologética, un poco corta, del tipo de: «¡ya ve usted cómo el hombre no puede arreglárselas él solo!; ya ve que necesita que otro (Jesús) lo salve, y que su atolladero debería llevarlo a renunciar a sus orgullosos proyectos...»

No falta del todo verdad en tales afirmaciones. Pero la auscultación de las esperanzas tenaces de una humanidad doliente, debería incitarnos a hablar en forma un poco más decorosa y psicológicamente más verdadera. Por otra parte, la exactitud doctrinal saldría ganando, al mismo tiempo. ¿Están todas nuestras catequesis y nuestras predicaciones libres de esa aberración, indigna de Dios y despectiva para el hombre, que consiste en aprovechar los fracasos y las miserias de los demás para encaminarlos a

Cristo mediante el chantaje, y en utilizar a Dios para taponar los boquetes de nuestras insuficiencias?

Los abusos de la apologética de la necesidad.

Esta apologética, basada en las «necesidades» del hombre, implica graves ambigüedades a las que nuestros contemporáneos se han hecho sensibles por los análisis de la psicología profunda. Es preciso sustituirla por una catequesis del «deseo»; un deseo que caracteriza al humano, en tanto que las «necesidades» nos son comunes con todos los animales, un deseo que nunca se sacia, cuando lo propio de las necesidades es que pueden quedar satisfechas... Una catequesis del deseo no intentará pillar con cepos la desgracia humana, ni aprovecharse de las dolorosas contrariedades del adolescente o del adulto para solapadamente forzarlos a aceptar a Jesucristo. Aspirará a despertar a los hombres al sentido de la gratuidad del amor y de la fe, al dinamismo del proyecto humano fundamental, a la apertura de una relación de hijo liberado con el Dios de Jesucristo, quien sólo encuentra su gloria, según el dicho de san Ireneo, en el pleno éxito del mundo y de los hombres que están vivos. El creyente es muy dueño de encontrar impertinente, en cierto modo, y fuera de lugar la «Carta abierta a Dios», escrita por el agnóstico Robert Escarpit; el catequista avisado hará bien no rechazando demasiado pronto, en la cita que de dicha carta voy a ofrecer, una interpelación dirigida a ciertos modos de presentar la salvación que hacen de ella una mera prótesis ortopédica:

«Frecuentemente se me ha dicho que si un día me encontrara en una de esas atroces e inaguantables situaciones en que la condición humana nos coloca a veces - sean, por otra parte, fruto de vuestro ingenio, producto de la casualidad o resultado de alguna combinación de fuerza que ni Vos ni yo sospechamos- si no quería perder la razón antes que la vida, no me quedaba otro recuerdo que creer en Vos y confesar vuestra omnipotencia.

Es muy posible. Incluso probable. Es igualmente probable que, si un accidente me priva de una pierna, no tengo más remedio, para no perder el equilibrio, que procurarme otra artificial y apoyarme en ella como si fuera verdadera.

Esta concepción ortopédica de la divinidad no deja de tener su fuerza, y la concedo la misma estima que a la concepción anestésica según la cual creer en Vos ayuda a morir. Se trata de algo más que de estima. La necesidad que a veces, tengo de Vos es diferente. He pasado por el trance de ver la muerte bastante cerca, y, partiendo de mi modesta experiencia, creo que puedo imaginar lo que es la congoja. Tengo la impresión de que, llegado el momento, podré salir del trance exclusivamente por mí mismo, mal, pero exclusivamente por mí mismo. Me sucede que de pronto siento sobre mí, con alegría, el peso de un cielo vacío» (1).

Los vestigios de la magia pagana.

El dinamismo de las búsquedas humanas y de los movimientos de transformación de la sociedad, nos llama a purificar de todo rastro sutil de magia pagana nuestras catequesis sobre la salvación y la imagen que nos formemos de su eficacia. No es cuestión de olvidar por un momento, que la salvación sólo puede ser obra de Dios en Jesucristo: no son nuestras obras las que nos justifican, es Dios, que nos ama primero y se compromete con el mundo, con su pueblo y con cada uno de nosotros; nuestros compromisos más decididos no son otra cosa que compromisos-respuesta. Pero Jesús no nos ama «en nuestra ausencia» ni nos salva poniendo en cortocircuito nuestra libertad responsable. Nos respeta en nuestra libertad haciéndonos vencedores del pecado, en la fe. La gracia de la salvación no es magia en nuestras manos; su eficacia no tiene nada de automatismo, pues no depende del orden de las cosas, sino del de las relaciones interpersonales. La redención hace decisivamente vencible el pecado, pero no vencido todavía en sus manifestaciones históricas: hasta que llegue la parusía, se requieren nuestros combates, que no son vanos simulacros.

¿Nos habría libertado Cristo para después hacer de nosotros unas marionetas? «Si, pues, el Hijo os da la libertad, seréis realmente libres» (Jn 8, 36). «Para ser libres nos libertó Cristo» (Ga 5, 1) . El hecho de que el éxito de la salvación no sea más evidente en nuestro mundo, y que parezca que Dios calla en medio de los desórdenes de la historia y en el abatimiento de las innumerables víctimas de la injusticia y de la violencia, es la onerosa garantía de la libertad de nuestra fe. Este silencio y este misterio de Dios no son, por su parte, perversa coquetería, sino testimonio de su infinito respeto a la libertad responsable del hombre. «Dios crea al hombre como el mar hace los continentes: retirándose», decía más o menos el poeta Holderlin. Dios quiere que verdaderamente existamos, es decir, que estemos siempre buscando: nos prefiere buscadores a poseedores de evidencias anestésicas; nos prefiere libremente inventivos y en busca de verdad y de felicidad, a instalados en certidumbres de primera hora demasiado relajantes. Puede aplicarse a la salvación lo que Pablo VI decía a propósito del Dios oculto: «Aquí se plantea una importante cuestión que forma parte de la economía religiosa para quien busca a Dios por las vías del conocimiento natural, no menos que para el que lo busca por las de la fe y de la gracia. Preguntan con ingenuidad y audacia: «¿Por qué Dios está oculto? ¿Por qué permanece misteriosamente silencioso? ¿Qué de cuestiones graves salen al paso a nuestro espíritu curioso, que lleva mal que Dios tarde y que ignore sus designios! (...) Dios se oculta para que se le busque. El tiempo en que se revela en la historia y en las almas, no coincide con los cálculos humanos; la forma como se revela no encaja con las formas de nuestro lenguaje terreno...» (1).

-La salvación cristiana pregunta al espíritu humano

¿Por qué iba a ser la esperanza humana la única en negarse a la interpelación? Su solidez, apertura y dinamismo sólo beneficio pueden extraer de las preguntas no capciosas hechas por el creyente.

Los riesgos de la ingenuidad del optimismo-humanista

Como el pesimismo jansenizante, tampoco el optimismo plácido podría calificar una estrategia de la acción eficaz. Se ensalzarán las capacidades humanas y las virtudes del progreso. Se añadirá, si se cree, que Dios es el iniciador de las energías de esos hombres creadores, y que sus conquistas son la obra continuada de Dios. ¡Y todo esto es verdad! Pero a condición de no incurrir en la ingenuidad, enmascarando esta verdad fundamental con el disfraz de una especie de seguridad psicológica, y llevándola en el sentido de una suficiencia humanista.

«Porque si, a cierto nivel de ser y de hacer, el hombre asume para lo sucesivo su propio pilotaje histórico, y, si en un determinado plano de relaciones políticas y sociales, no debe esperar a que venga de otra parte una liberación de las injusticias y de las opresiones humanas, sería tomarse a sí mismo por Dios creer que de ese modo llegará a vencer el límite congénito de su existencia. El sacrificio de las generaciones actuales sería el humus sobre el que florecería la felicidad total de una humanidad reconciliada al fin consigo misma, tan efímeramente satisfecha mañana, como hoy cada floración de cerezos o cada nidada de pájaros» (Alain BIROU).

La fe en una salvación cristiana que no es la mera prolongación de las capacidades y de los logros humanos, preserva a la esperanza terrena de la reclusión en sí misma o, dicho de otro modo, de la estrechez y de la ingenuidad. El Dios de Jesucristo es, ciertamente, un Dios «para» el hombre, pero no para el hombre de la temporalidad cerrada afincado en su suficiencia excesivamente corta. La fe en la salvación satisface nuestras esperanzas humanas, pero empezando por ensancharlas, por hacer saltar la mezquindad de su formato, -y ese ensanchamiento puede ser doloroso-... Dios salvador es «para» el hombre tal y como éste está llamado a llegar a ser en la filiación divina. Eso es la conversión: el consentimiento en una espera de lo inesperado...

Las satisfacciones ambiguas de nuestras necesidades.

La historia de la salvación interroga a todos los movimientos liberadores. Les hace saber que les amenaza una corrupción. «Es muy corriente recurrir al Éxodo, que es efectivamente un caso-tipo de liberación, en la Biblia. Pero con frecuencia se olvidan de que el Éxodo desemboca al fin... en una nueva opresión: la de la realeza israelita; después, sobrevino la deportación a Babilonia, la opresión por los seléucidas. El Antiguo Testamento es sobre todo la historia de liberaciones fracasadas» (2). Hoy más que ayer sabemos por experiencia que, si el progreso técnico ayuda poderosamente a satisfacer las necesidades del hombre consumidor, también lleva consigo la opresión y la explotación; que los movimientos de liberación social y política frecuentemente dan cita a nuevos tipos de servidumbre; que el crecimiento económico de una determinada región del globo contribuye a hundir a otras en el subdesarrollo, y vuelve a sus inmediatos beneficiarios un poco más egoístas o degradadores de la naturaleza, etc. Con clarividencia advertía Georges Friedmann que en las sociedades industriales llamadas avanzadas -en contraste cada vez mayor con las del Tercer Mundo- se acentúa un dramático desequilibrio entre la posesión de enormes medios técnicos y la falta de conciencia de los fines a los que convendría aplicar tales medios (3).

El primer servicio que el anuncio de la salvación puede rendir al mundo secularizado y al hombre en busca de liberación, es quizás recordar que «toda empresa de liberación supone una antropología. Para un cristiano, esa empresa debe aspirar a desarrollar al hombre en su vocación integral tal y como es revelada en Jesucristo. Limitada únicamente a los condicionamientos económicos, sociales o culturales, desembocaría en una liberación truncada, de consecuencias nefastas. La liberación de la miseria por el aumento de la producción y de los cambios económicos, puede conducir a la idolatría del dinero y a una nueva servidumbre. El advenimiento de un mundo técnico nos libera de la ignorancia y de la enfermedad, de una pasividad nefasta y de la pobreza, pero corre el riesgo de producir un hombre desacralizado, reducido a una abundancia cuyo sentido ignoran» (4).

El hombre, superior a sus obras y a sus expectativas.

Nuestras mayores apetencias humanas son demasiado pequeñas todavía para definirnos por entero; el poder de hacer, ni se basta ya a sí mismo ni nos basta a nosotros. Menciono dos ejemplos, al azar, en esta aventura humana: vemos, cada vez con mayor claridad, que si el hombre ha conquistado el automóvil y la energía nuclear, todavía le queda por aprender el servirse de ambas cosas colectivamente y que está en peligro de quedar condenado a la parálisis o a perecer a manos de su invención. Si toda esperanza teologal se halla implicada en nuestros distintos combates de hombres terrenales, ningún proyecto humano ni objetivo alguno de organización de la sociedad, pueden satisfacer por completo las verdaderas apetencias del hombre. Una vez colmadas sus necesidades, el hombre siempre pide «además la felicidad», según el título de la obra de un brillante cronista científico de la televisión (5).

¿Quién protegerá. pues, al hombre frente a la religión del automóvil o a los delirios de la abundancia, sino el absoluto de Jesucristo que nos brinda una salvación más alta que se convierte en una misión? También puede uno alienarse realmente en el lirismo religioso de las luchas nominalmente liberadoras. No es en modo alguno ascetismo desalentador interpelarse a sí mismo para saber si declaraciones y empresas alcanzan de verdad la profundidad última del hombre al que hay que liberar..

«El misterio del hombre no se revela más que en el misterio del Hijo de Dios hecho hombre. Jesús de Nazaret revela al hombre lo que éste está llamado a hacerse, hijo en el Hijo (...). La experiencia universal de la humanidad atestigua que, si hay estructuras políticas, económicas, sociales o familiares alienantes, en el corazón del hombre hay una fuente más profunda de alienación sin la cual, por otra parte, no existirían estructuras

alienantes. Esa fuente es el pecado, la idolatría del tener, del prestigio y del porvenir. Solamente Cristo, por la acción del Espíritu Santo, libera de este pecado. Siempre hay una conversión que hacer...» (6).

Algunas preguntas formuladas a la esperanza marxista.

La presentación más esmeradamente estudiada de la gran esperanza marxista nunca impedirá al cristiano más simpatizante -siempre que se mantenga lúcido y libre- formular algunas preguntas fundamentales. Este, aun reconociendo que la auténtica esperanza cristiana asume lo mejor y lo esencial de la esperanza marxista, sin embargo le hará a ésta tres preguntas, apuntando en cada una de ellas a una insuficiencia grave de la «salvación» humana que se le propone:

-En cuanto a la universalidad de esa salvación, en primer lugar. El marxismo tiene como horizonte la humanidad total presente y futura; pero es evidente que no puede otorgar un sitio, en su «salvación», a todos los que ya murieron, y, precisando más, a los que murieron luchando por la justicia y la felicidad. ¿No hay en esto una manera bastante chata de resignarse con el fracaso de esa universalidad?

-En cuanto a la calidad de la salvación prometida. Si todo, en nuestra vida, tiene una dimensión política, la dimensión política no es el todo del hombre y de su existencia. El hombre es más rico que su mero ser social: no se reduce a él, puesto que es capaz de juzgarlo y de modificarlo, de lo cual da fe el propio proyecto marxista. Por lo tanto, la pregunta será la siguiente: ¿puede esperar el marxismo el reparto y la comunión a nivel de todas las riquezas de la personalidad no reducibles a lo político y a lo social?

-En cuanto a la permanencia y a la solidez de esa salvación marxista. No se negará, en nombre del materialismo científico, la finalidad del hombre... El individuo, las civilizaciones, las culturas, la humanidad, todo ello es efímero y está supeditado a ese límite que es la muerte. ¿Por qué ha de estar definitivamente condenado a la nada todo cuanto el hombre intenta edificar con tanto trabajo?

Lo que incita a hacer esta triple pregunta es la fe en la vida, muerte y resurrección de Cristo. El marxista honrado no puede eludir fácilmente su carácter acuciante. Por muy generosos que sean todos nuestros sueños, no tienen el mismo valor. Por muy útiles que parezcan nuestras utopías para tensar el resorte de la acción y por muy necesarios y urgentes que sean nuestros combates, deben ser sometidos a un examen crítico. Para vivir plenamente, hay que aceptar morir a muchas representaciones espontáneas que no son suficientemente ciertas. No siempre lo que se siente es lo más real y lo más verdadero. «El camino de la realidad está jalonado de objetos perdidos», decía Freud.

Todas esas preguntas y esas críticas sólo son honradas cuando se formulan desde dentro. Para tener derecho a formularlas en lo tocante a los esfuerzos de liberación humana, hay que participar en ellos de una o de otra forma. Con frecuencia el espectador es un poco ridículo cuando, desde la raya del campo o desde las gradas, grita lecciones de estrategia o de táctica a los que están bregando en el terreno de juego. Pero aquí se trata de algo que es mucho más que un juego, y los debates de la historia son infinitamente más graves y mortíferos. Con razón estigmatizaba Emmanuel Mounier a esos cristianos y a esos clérigos que se limitan a «sermonear a la historia». Dios, cuando salva, baja a la tierra a ocupar un sitio en la caravana de los hombres: y eso es la Encarnación.

CONCLUSIÓN

Como advertí al comienzo, las páginas que acaban de leerse están alineadas: me refiero a cierta «línea» de carácter catequístico. El que sean resultado de una práctica, con todos sus determinantes concretos, quizás confiera interés a estas reflexiones; pero constituye también la confesión de sus forzosas limitaciones.

1.-¿Cómo hablar de la salvación, y cómo vivirla? -Cristo no nos salva sin nosotros ni en ausencia nuestra: por parte de Dios, la salvación es gratuita pero, por nuestra parte, no se realiza sin una participación efectiva de nuestros compromisos libres y responsables. La vida y la muerte de Cristo dan sentido a nuestra vida y a nuestra muerte. La garantía de su resurrección atestigua que El es realmente el enviado del Padre y, a la vez, que en el fracaso humano de la cruz está la victoria de Dios.

-La liberación de Cristo no es sólo un acontecimiento pretérito: es un misterio actual. En el mundo de hoy, el cristianismo no es otra cosa que la prolongación de Cristo y de su acción liberadora, y eso, muy concretamente, de forma encarnada. Para nosotros y en nosotros, la salvación toma cuerpo, como en María se encarnó el Verbo. -Esperar un paraíso futuro no es para nosotros un opio, un consuelo o una compensación de nuestros fracasos y de las injusticias de la vida. Es verdad que habrá recompensa, pero no será como nosotros la imaginamos. El Evangelio centra nuestra atención en el Reino que está «por venir» y que, a la vez, está «en medio de nosotros» y en nosotros, en forma embrionaria. A través de nuestras luchas contra las alienaciones y las injusticias, se realiza la salvación que viene exclusivamente de Jesucristo. Pero esta salvación no se identifica con nuestras luchas, aunque no pueda actualizarse fuera de ellas. La esperanza de la salvación siempre será una activa espera de lo inesperado. Dios es gozosamente sorprendente, y todas nuestras imágenes de la salvación son falsas desde el momento en que dejamos de considerarlas como simples aproximaciones. Y, sin embargo, no se nos permite ninguna actitud de pasiva expectativa: es preciso actuar en la historia.

2.-Tenemos que actualizar hoy la Pascua de Cristo. La salvación: -lejos de surgir de nuestros esfuerzos presentes por satisfacer las necesidades psicológicas del individuo o los intereses de un grupo social (¡hay otros medios de conseguirlos que no son el recurso a la salvación de Jesucristo!),

-o de espejear sólo en la inasequible lontananza, como una promesa de risueños porvenires,

-se fundamenta, día a día, en el Acto Único de la Pascua de Jesucristo anunciada como una noticia, realizada una vez por todas en la historia, celebrada en la liturgia que es «memoria activa», y, finalmente vivida a lo largo de nuestros compromisos cuya carga indeclinable nos queda. 3.-Sería efectivamente una impostura y una hipocresía, hacer de la salvación un tema de disertación, sin poner en ella manos a la obra. La salvación se da para vivirla. Ahora bien, es imposible vivir la salvación:

-sin acción, sin compromiso histórico para hacer que se produzca su plena manifestación «corporal»;

-sin contemplación de esa salvación efectuada ya en Cristo, hombre-Dios, en quien la primera creación se convirtió en creación segunda y definitiva. Sin la segunda condición, es grande el riesgo de olvidar el manantial original y decisivo del que mana toda energía de salvación y de liberación; corre uno el peligro de tomar por salvación las propias representaciones y utopías. Pero, sin la primera condición, se corre el riesgo, no menos funesto, de olvidar el río engendrado por el manantial, y de evadirse de la historia a los espacios de una espiritualidad egoísta.

En ambos casos, seríamos infieles a la lógica de la encarnación redentora.

VINCENT AYEL ¿QUÉ SIGNIFICA SALVACION CRISTIANA? SAL TERRAE Col. ALCANCE, 15. SANTANDER-1980.Págs.. 145-162.

Notas:

(1) PABLO VI. Audiencia general del 12-12-1973. 2) Cahiers Evangile, número 6, p. 6. 3) Georges FRIEDMANN. La Puissance et la Sagesse. Gallimard, 1970, p. 347 ss. 4) Nota del Comité Episcopal (francés) de Misiones Extranjeras. Mayo 1974. 5) François de CLOSETS. Le bonheur en plus. Edit. Denoël, 1974. 6) Respuesta del Consejo Permanente del episcopado francés a la «Asamblea de los cristianos críticos». («Documentation Catholique» del 2-12-1973).